

EL HIJO
DE LA PERDICIÓN

EL HIJO DE LA PERDICIÓN

WENDY ALEC

Traducción de Montserrat Gurgú
y Hernán Sabaté



La suerte de millones de seres por nacer dependerá ahora, con arreglo a Dios, del valor de este ejército. Nuestro enemigo cruel e implacable sólo nos deja elegir entre una valiente resistencia o la más abyecta sumisión.

Por eso, hemos decidido conquistar o morir.

GW1, Orden General al Ejército
Continental, 2 de julio de 1776

Los personajes

La Tierra: 2021 *La dinastía De Vere - Familia*

Jason De Vere: Cuarenta y cinco años, aproximadamente, hermano mayor de la dinastía De Vere. Lugar de nacimiento: Nueva York, EE.UU. Magnate de los medios estadounidenses. Director, propietario y presidente del consejo de administración del multimillonario conglomerado de medios VOX. Posee un tercio de las televisiones y los grandes periódicos de Occidente. Casado con Julia St Cartier durante veinte años. Divorciado. Una hija, Lily De Vere. Residencia actual: un ático frente al Central Park, Nueva York.

Adrian De Vere: Casi cuarenta años, hermano mediano de la dinastía De Vere. Lugar (registrado) de nacimiento: Londres, Inglaterra. Ex primer ministro del Reino Unido (laborista, dos legislaturas), recientemente nombrado presidente de la Unión Europea (por un periodo de diez años). Candidato al premio Nobel de la Paz. En la actualidad, negocia el «Acuerdo Ishtar», el tratado de Paz de la Tercera Guerra Mundial. Casado con Melissa Vane Templar durante cinco años. Melissa murió al dar a luz un hijo, Gabriel, ya fallecido. Residencia actual: palacio de Invierno del Presidente Europeo en el Mont St. Michel, Normandía, Francia.

Nick De Vere: Unos treinta años, hermano pequeño de la dinastía De Vere. Lugar de nacimiento: Washington, D.C., EE.UU. Arqueólogo. Playboy y celebridad pública. Enfermo

de sida. No tiene hijos. En la actualidad, es pareja de Jotapa, princesa de la casa real de Jordania. Pareja anterior: Klaus von Hausen, conservador jefe del departamento de Oriente Próximo del Museo Británico. Residencias actuales: áticos en Los Ángeles, Nueva York y Londres.

James De Vere: Padre de Jason, Adrian y Nick De Vere. Fallecido.

Lilian De Vere: Setenta y cinco años, aproximadamente. Presidenta de la Fundación De Vere. Madre de Jason, Adrian y Nick De Vere. Residencias actuales: ático en Nueva York, mansiones en Oxfordshire y Londres.

Julius De Vere: Gran Maestro de la Hermandad. Hechicero. Presidente de Continuation Holdings AG De Vere (1954-2014). Padre de James De Vere. Abuelo de Jason, Adrian y Nick De Vere. Fallecido.

Julia St Cartier: Poco más de cuarenta años. Ex editora de *Cosmopolitan*. En la actualidad, fundadora y presidenta del consejo de administración de LOLA PR. Principales clientes: la selección de fútbol de Inglaterra y la oficina del Presidente de la Unión Europea. Casada con Jason De Vere durante veinte años. Madre de Lily De Vere. Divorciada. Sale con Callum Vickers. Residencias actuales: vivienda urbana frente al mar en Brighton, Inglaterra; Colonia de artistas de New Chelsea, Londres.

Lily De Vere: Dieciséis años de edad. Hija de Julia y Jason De Vere. Confinada en una silla de ruedas después de un accidente automovilístico en el que conducía Nick De Vere. Alumna de la escuela femenina Rodean, de Brighton, Inglaterra.

Melissa Vane Templar De Vere: Esposa de Adrian. Muerta al dar a luz.

Rosemary De Vere: Hermanastra de James De Vere, compañera de Lilian.

Maxim: Mayordomo de James y Lilian De Vere.

Pierre y Beatrice Didier: Chofer y ama de llaves de James y Lilian De Vere. En la actualidad, trabajan para Adrian De Vere en Mont St. Michel, Normandía.

La dinastía De Vere - Círculo de amigos conocidos

Lawrence St Cartier: Algo más de ochenta años. Sacerdote jesuita, agente de la CIA retirado, anticuario, tío de Julia St Cartier. Residencia: El Cairo y Alejandría, en Egipto.

Alex Lane-Fox: Veinte años. Hijo de Rachel Lane-Fox, fallecida el 11-S. Periodista investigador en prácticas. En la actualidad trabaja en el *Guardian* de Londres. Empezará a trabajar en el *New York Times* en enero de 2022. Amigo íntimo de Julia, Jason y Lily De Vere.

Rachel Lane-Fox: Supermodelo. La mejor amiga de Julia. Muerta en un avión el 11-S.

Rebekah y Davis Weiss: Padres de Rachel Lane-Fox.

Polly Mitchell: Diecisiete años. La mejor amiga de Lily De Vere y novia de Alex Lane-Fox.

Klaus von Hausen: Conservador adjunto del departamento de Oriente Próximo del Museo Británico. Ex amante de Nick De Vere.

Charles «Xavier» Chessler: Unos 85 años. Hechicero, ex director del Chase Manhattan Bank. Presidente del Banco Mundial. Retirado. Padrino de Jason De Vere.

Callum Vickers: Poco más de 30 años. Principal neurocirujano de Londres. Sale con Julia De Vere.

Dylan Weaver: Genio especialista en tecnología de la información contratado por varios bancos globales, instituciones y empresas de software. Amigo de Nick De Vere desde la infancia.

Jontil Purvis: Unos sesenta años. Secretaria ejecutiva de Jason De Vere durante diecinueve años.

Levine y Mitchell: Secretarios de Jason De Vere.

Kurt Guber: Lleva años con Adrian. Primer jefe de seguridad de Downing Street y actual director de los Servicios Especiales de Operaciones de Seguridad de la Unión Europea. También es especialista en armas exóticas.

Neil Travis: Ex jefe de seguridad de las SAS para Adrian De Vere.

Anton: Jefe de protocolo de Adrian De Vere.

Padre Alessandro: Sacerdote del Vaticano y científico del Vaticano.

Wasim: Secretario de Lawrence St Cartier en su residencia de Alejandría, Egipto.

Frau Vghtred Meeling: Criada austriaca de la familia De Vere. Niñera de Jason, Adrian y Nick. También, abadesa Helewis Vghtred.

Hermano Francis: Monje de Alejandría, Egipto.

La Hermandad (Illuminati)

Su Excelencia Lorcan de Molay: Ex superior general de la Compañía de Jesús. Sumo Sacerdote Supremo de la Hermandad, sacerdote jesuita. Lugar de nacimiento: indeterminado. Edad actual: indeterminada. Lugares actuales de residencia: Londres, Washington D.C., Roma.

Kester von Slagel (barón): Emisario de Lorcan de Molay.

Piers Aspinall: Jefe del MI6, el servicio de espionaje británico.

Charles «Xavier» Chessler: Ex director del Chase Manhattan Bank. Presidente del Banco Mundial. Retirado.

Ethan St Clair: Gran Maestro de los Hermanos Escoceses.

Dieter von Hallstein: Ex canciller alemán.

Naotake Yoshido: Presidente de la dinastía bancaria japonesa Yoshido.

Raffaello Lombardi: Patriarca de la familia de la nobleza negra de Venecia. Director del Banco Vaticano.

Julius De Vere: Gran Maestro de la Hermandad. Hechicero. Presidente de Continuation Holdings AG De Vere. Padre de James De Vere. Abuelo de Jason, Adrian y Nick De Vere. Fallecido.

Jaylin Alexander: Ex director ejecutivo de la CIA.

Comandante General Omar B. Maddox: Comandante del Mando Norteamericano de Defensa Aeroespacial o, por sus siglas en inglés, NORAD.

González: jefe del Cuerpo de Protección Presidencial del Servicio Secreto de EE.UU.

Lewis: Vicesecretario de Defensa.

Drew Janowski: Asesor especial del presidente en política de Defensa y Estrategia.

Werner Drechsler: Presidente del Banco Mundial.

Vincent Carnagie

La casa real de Jordania

Rey de Jordania: Padre de Jotapa, Faisal y Jibril. Fallecido de ataque cardíaco.

Jotapa: Veintidós años. Princesa de Jordania. Tiene una relación afectiva con Nick De Vere. Llamada así en honor de la princesa Jotapa, que vivió hace dos mil años.

Jibril: Dieciséis años. Hijo menor del rey de Jordania. Nombrado príncipe heredero.

Faisal: Hijo mayor del rey de Jordania.

Safuat: Jefe de seguridad y guardaespaldas personal de Jotapa.

Mansur: Príncipe heredero de Arabia.

Otros personajes

Profesor Hamish MacKenzie: Genetista escocés y experto mundial en clonación animal e hibridación.

Jul Mansur: Nieto de Abdul-Qawi, arqueólogo beduino.

Wasim: Ayudante de Lawrence St Cartier.

Abdul-Qawi Aka Jedd: Arqueólogo beduino.

Matt Barto: Jefe de la corresponsalía de la VOX en Teherán.

Jordan Maxwell III: Banquero de inversiones, Correduría Neal Black.

Powell: Vicepresidente de Tecnología de la Información de Correduría Neal Black.

Von Duysen: Colega de Jordan Maxwell.

Laurent Chastaney: Secretario de Adrian.

Primer Cielo

Jesús: Cristo, el Nazareno.

Miguel: Príncipe jefe de la Casa Real de Jehová, comandante en jefe de los Ejércitos del Primer Cielo. Presidente de los Consejos Litigantes.

Gabriel: Príncipe jefe de la Casa Real de Jehová, Señor Juez Supremo de los Reveladores Angelicales.

Jether: Guerrero imperial y Gobernante de los veinticuatro Antiguos Monarcas del Primer Cielo y del Consejo Superior. Cuidador principal de los Sagrados Misterios de Jehová.

Zachariel: Conservador de los Días Antiguos, se ocupa de las ciencias y los universos. Uno de los veinticuatro reyes gobernados por Jether.

Lamaliel: Miembro del Consejo Regente de Ancianos Angélicos.

Isacar: Miembro del Consejo Regente de Ancianos Angélicos.

Matusalén: Miembro del Consejo Regente de Ancianos Angélicos.

Mahil: Miembro del Consejo Regente de Ancianos Angélicos.

Joctán: Gobernador de las Águilas Reveladoras de Gabriel.

Obadías, Dimnas: *Juveniles*, una antigua raza angélica cuyos rasgos característicos son la eterna juventud y una perspicacia extraordinaria, expresamente diseñados como aprendices que ayuden a los Ancianos en la custodia de las innumerables nuevas galaxias de Jehová.

Sandaldor: General de Gabriel.

Zadquiel: General de Gabriel.

Zalialiel: Custodio del Portal de Shinar.

Los caídos

Lucifer: Satán, rey de la Perdición. El Tentador. El Adversario. Gobernador Soberano de la Estirpe de los Hombres, de la tierra y de las regiones inferiores.

Charsoc: Apóstol Oscuro, Sumo Sacerdote de los Caídos. Gobernador de los Grandes Magos de la Corte Negra y de los temidos Reyes Hechiceros de Occidente.

Marduk: Jefe de los Consejos Herméticos y Jefe del Estado Mayor de Lucifer.

Los Magos Gemelos de Malfecium: El Gran Mago de Phae-gos y el Gran Mago de Maelageor. Los supercientíficos.

Mulabalah: Gobernador de los Murmuradores Negros.

Astarot: Comandante en jefe de la Horda Negra. Ex general de Miguel.

Moloc: Príncipe satánico, «Carnicero» de la Perdición.

Sargón el Terrible de Babilonia: Defensor de Gehenna, Gran Príncipe de Babilonia.

Balberit: Primer secretario de Lucifer.

Nisroc el Nigromante: Guardián de la Muerte y de la Tumba.

Los Grandes Magos de la Camarilla Hermética: 666 Murmuradores Negros.

Dracul: Gobernador de los Hechiceros del Oeste y Anciano Líder de los Señores del Tiempo.

Nefilim: Un híbrido entre los angélicos y la Estirpe de los Hombres.

De las crónicas de los hermanos Libro 2

2021

Alejandro, Egipto

En vaqueros y con el torso desnudo, Nick contemplaba la gran panorámica de la bahía oriental y el puerto de embarcaciones de recreo desde el balcón del antiguo y majestuoso Cecil Hotel, situado en la plaza de Saad Zaghlou.

Respiró hondo, captando el aire salado del mar procedente del Mediterráneo. Aquella noche se permitió un raro sentimentalismo. Como inglés en Egipto, disfrutaba del hecho de que tanto Somerset Maugham como Noel Coward se habían asomado a aquel balcón antes que él y que incluso el servicio secreto británico había antaño ocupado una suite en el viejo hotel para desarrollar sus operaciones. Una razón tan buena como cualquiera para alojarse allí. Además, el Cecil contaba con un interés especial, el de su arquitectura árabe, un recordatorio constante de la antigua riqueza y prodigalidad de la ciudad.

Nick sonrió distraídamente ante el incesante griterío y los regateos procedentes de las pastelerías y cafés legendarios de Alejandría, aunque era casi la una de la madrugada. Había volado de Roma a El Cairo a última hora de la noche y se había desplazado directamente en coche a Alejandría por la autopista que unía las dos ciudades. Hacía una hora que había llegado al hotel. Por la mañana, visitaría lo que consideraba el único yacimiento

del lugar donde había antigüedades auténticas, Kom el-Dikka, donde se había excavado un pequeño teatro romano. Luego, conduciría hasta el monasterio del desierto, donde lo estaría esperando el profesor Lawrence St Cartier.

Nick alzó la vista por sexta vez aquella noche, quizás, hasta la luna llena, aquella extraña aparición blanca que resplandecía en el firmamento nocturno de Egipto, y luego se volvió y entró en una habitación de hotel decepcionantemente corriente. Suspiró, observando el previsible empapelado de las paredes y la abultada colcha de la cama. Se tumbó sobre el duro colchón y cerró los ojos. Ahora, su cuerpo decaía deprisa, lo notaba. Se miró las costillas, parcialmente visibles en el pecho. Había perdido otros cuatro kilos en las últimas dos semanas. Los vaqueros descoloridos le caían hasta las caderas y se los sostenía con un costoso cinturón de suave cuero con la hebilla abrochada en el último orificio.

Conocía el día y la hora exactos en que había sucedido. Había sido en Ámsterdam, un domingo por la noche. Eran ricos, jóvenes y estaban aburridos. Carne de cañón de las celebridades. Siete de ellos habían compartido la misma aguja, aquella noche. Cuatro chicos y tres chicas, con toda la vida por delante. La heroína los había colocado, pero el virus había sobrevivido mucho después de que el efecto de la droga desapareciera. Era la cepa más perniciosa de sida que se conocía hasta entonces.

La sexta víctima había muerto el lunes anterior y toda la prensa británica se había hecho eco de la noticia. La chica, natural de Manchester, había sido modelo. Tenía el mundo a sus pies. Sus padres estaban destrozados.

Nick buscó el mando a distancia palpando la cama con la mano y puso en marcha el televisor. El primer canal que apareció fue Nilesat, donde daban una desconocida producción dramática local, y fue pulsando el botón hasta que encontró Al Jazeera.

Allí, en un resumen de noticias, sonriendo desde Damasco, estaba su hermano mayor, Adrian De Vere. Gracias a Dios que Adrian existía. Nick sabía que, de no haber sido por él, no habría llegado tan lejos. Observó a su hermano. Adrian debía de

haber seguido el consejo de Julia y contratado a un estilista de primera. Estaba bronceado, delgado, el cabello oscuro le resplandecía y tenía el mismo aire de sofisticación que una estrella de Hollywood. En cambio, acababan de nombrarlo presidente de la Unión Europea y era la persona más joven que nunca hubiera iniciado en acuerdo de paz en Oriente Próximo.

Nick bostezó, exhausto, y, con el mando a distancia aún en su mano, cayó enseguida en un agitado sueño en el que aparecían monjes y antigüedades, sus hermanos, Jason y Adrian De Vere... y la princesa jordana.

2021

Washington D.C.

Desde la azotea del edificio de la Cámara de Comercio, Jason De Vere observaba el Marine One, que despegaba del césped de la Casa Blanca con rumbo a Camp David. El presidente y el ministro de Asuntos Exteriores chino habían abandonado la gala hacía media hora, seguidos de los últimos senadores del Capitolio y un grupo de funcionarios de la embajada china. Sólo quedaban en el lugar los habituales rezagados de Washington y aspirantes a periodistas, de quienes lo mantenían a distancia sus siempre eficientes y bien pagados guardaespaldas.

Dejó el vaso de whisky en la improvisada mesa de banquete y cruzó la azotea, dejando atrás las carpas de los medios pertenecientes a la cadena VOX, su imperio mediático personal. Las televisiones chinas y extranjeras ya se habían marchado y sólo quedaban la BBC y SKY, recogiendo sus cables.

Jason sonrió. Pocas veces lo hacía. Estaba alborozado. Hacía dos años, había ultimado la VOX. Siendo ya el accionista mayoritario en plataformas televisivas de EE.UU., Europa, Asia y Oriente Próximo, había comprado Direct TV y, tres meses más tarde, había adquirido la FOX y su equivalente británica, SKY, para cerrar finalmente la adquisición de la 21st Century Fox. Y, el día anterior, VOX había firmado con Pekín una de las adquisiciones más importantes en el ámbito de la televisión global, la

operación más arriesgada llevada a cabo nunca por De Vere, si se tenían en cuenta todos los factores. Ahora parecía ser imparable, lo cual no estaba mal para alguien a la edad madura de cuarenta y cuatro años.

Miró hacia la Casa Blanca, donde distinguió la familiar silueta de los francotiradores de la azotea. En aquel momento, sonó su móvil.

—¿Sí? —respondió lacónicamente—. No, no nos moveremos. Eso es lo más alto que llegaremos. No he cambiado de postura.

Comprobó los mensajes. No había llamadas personales. En realidad, no había recibido ni una sola llamada personal desde que había formalizado el divorcio con Julia, hacía trece meses. A excepción de las de su madre y de las de Adrian.

Julia.

Jason se quedó paralizado. Anonadado. Más incluso, se quedó pasmado ante la cantidad de emociones que se habían desencadenado en él cuando había visto a Julia en Damasco, la semana anterior. El encuentro lo había inquietado en grado sumo, lo había desconcertado. Todavía la amaba, eso lo sabía, pero no se atrevía a correr el riesgo de tener que afrontar de nuevo unas emociones tan intensas. No volvería a ver nunca más a Julia en persona, se prometió, a menos que fuese una cuestión de vida o muerte.

Volvió a guardar el móvil en la funda que llevaba a la cadera y contempló por última vez la Casa Blanca, que transmitía en directo a la calle M, cuya señal transmitían los satélites de la Fox a todo el mundo. Entonces volvió a mirar la extraña imagen blanca suspendida sobre el horizonte de Washington y se pasó los dedos por su corto cabello entrecano. Julia no lo soportaría y aquello le proporcionó una acometida de placer infantil.

Consultó el reloj y frunció el ceño. El día siguiente era el aniversario de Adrian. Cumplía cuarenta años.

Tomó nota de llamar a Francia por la mañana.

2021

Mont St. Michel

Normandía, Francia

Un hombre alto e impecablemente vestido con un traje de Savile Row observaba las enormes puertas de madera de cerezo de la biblioteca del palacio de verano europeo. En la mano sostenía un pergamino escrito en un extraño alfabeto arameo. Miró más allá de los cientos de policías militares que patrullaban el perímetro de la alambrada doble, más allá de los aviones armados con ametralladoras que sobrevolaban en círculo, y fijó los ojos en la cerúlea aparición, visible ante la luna llena, que se recortaba en los cielos crepusculares del Atlántico.

Un sacerdote jesuita, vestido con el vaporoso hábito de su orden de las «Sotanas Negras», venía caminando hacia él, golpeando el suelo de caoba pulida con un bastón de mango de plata.

—El Jinete Blanco —dijo, deteniéndose a pocos pasos.

El hombre asintió. Llevaba el pelo, negro como el ala de un cuervo, largo hasta el cuello de la camisa, a la moda del momento, y bajo el claro de luna adquiría un brillo azulado.

—Nuestra señal está en los cielos.

Se volvió levemente y la luna iluminó el contorno de sus rasgos cincelados. Su perfil era fascinante, extrañamente hermoso.

—Hemos esperado dos mil años para llevar a cabo nuestra venganza.

El hombre contempló la monumental panorámica de la bahía y, avanzando hasta quedar directamente iluminado por la luna, dirigió la mirada hacia la aparición. Con manos temblorosas de rabia contenida, acercó una candela fina de color negro al pergamino y le prendió fuego.

—Y ahora vengamos nuestro deshonor —murmuró Lucifer—. Nuestra humillación a manos del Nazareno.

Lucifer se alisó su hábito de jesuita, acarició la serpiente de plata repujada de la empuñadura de su bastón y esbozó una lenta y maliciosa sonrisa.

—Vengamos el Gólgota.

Creo que los bancos son más peligrosos
para nuestras libertades que los ejércitos ar-
mados.

THOMAS JEFFERSON, tercer presidente
de Estados Unidos (1743-1826)

En estos momentos, un gobierno en la sombra ejecuta sus planes para instaurar un nuevo orden mundial.

Es una camarilla secreta de gobernantes más poderosa que ningún gobierno de los que existen hoy día.

Controla el complejo militar industrial, los bancos del mundo, las unidades de operaciones secretas de las facciones clandestinas de los servicios de inteligencia, la reserva federal.

Sus planes son tan antiguos como el tiempo. Sus intenciones son traicioneras.

Hoy, su existencia permanece prácticamente secreta.

...Y, sin embargo, su plan es imparable.

Prólogo

No proyectan sombras

2001

*Club mundial del comercio
Piso 107, World Trade Center,
Lower Manhattan, Nueva York*

Era el diez de septiembre de 2001, un día casi como otro cualquiera, pensó Lorcan de Molay. El día siguiente, a las 8.46 de la mañana, el mundo cambiaría.

Reflexionó sobre aquel hecho mientras observaba el espectacular perfil de Manhattan desde la gran cristalera del club privado, cuatrocientos metros por encima de la ciudad de Nueva York.

Contempló en silencio la amplia vista del muelle de Manhattan, con los ojos fijos en el paso incesante de los brillantes aviones 757 y 747 que llegaban y partían de los aeropuertos de La Guardia, JFK y Newark.

Finalmente, el sacerdote apartó los ojos del horizonte y se volvió.

Aunque en su rostro había extrañas cicatrices, sus facciones eran imperiales y bellas. La frente ancha y la recta nariz patricia enmarcaban unos ojos imperiosos de color zafiro que contenían una hipnotizadora y cautivante hermosura. Su abundante cabellera negra como ala de cuervo empezaba a volverse plateada en las puntas.

En un día normal, la llevaría cuidadosamente peinada hacia atrás desde sus altos pómulos, recogida en su trenza habitual y sujeta con una simple banda negra.

En un día corriente, vestiría la vaporosa Sotana Negra de su orden jesuita.

Sin embargo, aquél no era un día cualquiera y, bajo la luz del atardecer, las brillantes trenzas le caían sueltas sobre los hombros, rozando el traje de corte perfecto de Domenico Vacca, hecho a medida, que realizaba aquel cuerpo meticulosamente cuidado que había debajo.

El sacerdote acarició la serpiente de plata labrada del mango de su bastón, observando despacio a los hombres sentados frente a él.

El Gran Consejo Druida de los Trece, las órdenes más altas del Comité de los Trescientos, la Nobleza Negra de Venecia, el Consejo de la Madre Suprema de los Masones del trigésimo tercer grado del Rito Escocés.

Estudió las caras de la elite que controlaba la Reserva Federal, el Banco de Pagos Internacionales, el Banco Mundial, el Consejo de Relaciones Exteriores, el grupo Bilderberg y el Club de Roma, y sus ojos se posaron finalmente en el Hermano Superior y Gran Tribunal de la Ordo Templi Orienti.

Los Grandes Maestros de los Illuminati.

El grupo secreto que controlaba el gobierno de Estados Unidos.

Que controlaba todos los gobiernos del mundo oriental y occidental.

En sus labios centelleó una sonrisa.

Y él, Lorcan de Molay, a su vez, los controlaba a todos.

Abrió la petaca de plata de los cigarrillos. Kester von Slagel, su emisario, se materializó a su lado desde un rincón a oscuras del club con un cortapuros en la mano. De Molay introdujo la punta del cigarrillo mientras Von Slagel cortaba hábilmente la punta antes de desvanecerse de nuevo entre las sombras.

De Molay se acercó el cigarrillo a los labios y situó el extremo encima de la llama: «La Corona, 1937...»

Lo encendió con satisfacción y luego, quitándoselo de la

boca, posó despacio sus ojos en los rostros impasibles de los directores de los bancos más poderosos del mundo que se hallaban sentados ante él.

Eran unos mentecatos. Unos déspotas hambrientos de poder.

Sin embargo, según la Doctrina de la Ley Eterna, los Consejos del Temor de los angélicos caídos no tenían jurisdicción directa sobre la Estirpe de los Hombres.

Al acordarse del Nazareno, frunció los labios.

No tenía otra alternativa. Después de su humillante derrota en el Gólgota, la presencia de los Caídos en este orbe salpicado de barro era ilegítima.

Sólo tenía una alternativa: debía utilizar a las masas temerosas. Seducirlas, involucrarlas en su plan maestro. Oscuros Esclavos de los Caídos.

Por lo menos, hasta la Gran Batalla.

Hasta la derrota del Nazareno.

Después, podría prescindir de todos. Sólo de pensar en ello experimentó una oleada de puro placer.

Y Jerusalén sería finalmente suya.

Pero, ahora, debía encargarse del asunto que tenía delante.

De Molay habló suavemente, con una voz grave y cultivada. Su acento era inconfundiblemente británico, de Londres W1K, para ser exactos, pero contenía una sutil inflexión exótica que resultaba indefinible.

—Mañana, a las 8.46 exactamente, nuestra operación para desestabilizar y subvertir los Estados Unidos de América habrá comenzado. —Acarició el cigarro despacio entre unos dedos delgados y de cuidadas uñas. Todos los ojos estaban fijos en él—. A mediodía, se habrá producido el cierre de las Naciones Unidas, de la Comisión de Valores y Bolsas, de las propias Bolsas... Habremos golpeado los cimientos de todo el mundo occidental.

Se volvió hacia Charles Xavier Chessler, el canoso director del Chase Manhattan.

—Nuestra cuenta de beneficios por información privilegiada tiene ahora mismo quince mil millones de dólares —explicó

Chessler—. Y es imposible seguir su rastro hasta relacionarla con la Hermandad.

De Molay dio unas caladas al puro hasta que el borde empezó a brillar.

—Las torres se desmoronarán como el típico castillo de naipes.

—En caída libre —añadió Jaylin Alexander, ex director ejecutivo de la Agencia Central de Inteligencia—. Las pruebas de una implosión controlada quedarán enterradas para siempre entre las ruinas.

De Molay dirigió un gesto a la figura imponente del comandante general del NORAD, Omar B. Maddox, un hombre con una mata de áspero pelo blanco y vestido de militar que estaba sentado a su derecha.

—¿El Guardián Vigilante está en vigor, general?

—El NORAD está en alerta, excelencia —respondió el general tras saludar militarmente a De Molay—. Al amanecer, ejecutaremos el ejercicio de defensa aérea imaginario más grande de nuestra historia, simulando un ataque a Estados Unidos. —El general sonrió pero sus pequeños ojos de halcón brillaron con intensidad—. El simulacro causará las distracciones y la confusión necesarias para que los ataques reales tengan éxito. Los técnicos de la Administración Federal de Aviación del NORAD estarán medio ciegos.

De Molay se volvió hacia González, jefe del Cuerpo de Protección Presidencial del Servicio Secreto de EE.UU.

—¿Los terroristas están en posesión de los códigos?

—Tienen los códigos y señales del Air Force One y los códigos principales de la Casa Blanca, excelencia.

—¿Y acceso a los servicios de vigilancia de la Agencia Nacional de Seguridad?

—Todo en orden, excelencia —asintió González.

—No tenemos que proyectar ninguna sombra —dijo De Molay, volviéndose hacia Alexander.

—El coche registrado a nombre de Nawaf al-Hazmi será abandonado en el aparcamiento del aeropuerto Dulles la mañana del doce —afirmó Alexander—. Dentro hay una copia de la

carta de Atta a los secuestradores, un cheque bancario a nombre de una escuela de aviación de Phoenix, cuatro dibujos de la cabina de un 757, un cúter y mapas de Washington y Nueva York.

—Los terroristas se han tragado por completo la historia. Se hacen con el control de los aviones y creen que su misión consiste en volver a los aeropuertos donde habrá aviones con combustible para ellos y los rehenes. Una vez activemos el canal de control primario, advertirán que los han engañado. Los secuestrados son ellos, en el cielo. Y será demasiado tarde —Alexander esbozó una leve sonrisa—. Serán mártires involuntarios de la Hermandad. Chivos expiatorios de una operación bajo bandera falsa de los servicios secretos. Es de manual.

—¿Y Bin Laden? —preguntó Julius De Vere, el presidente de De Vere Continuation Holdings.

—Osama Bin Laden voló de Pakistán a Dubai el 4 de julio —respondió Lewis, vicesecretario de Defensa—. Lo acompañaban su médico personal, cuatro guardaespaldas y un enfermero argelino y fue ingresado en el departamento de urología del Hospital Americano. Ya nos hemos ocupado de la evacuación de sus familiares.

—Tenemos a punto el Boeing 777 tal como acordamos —asintió Alexander—. Los Bin Laden serán evacuados el 18 de septiembre mientras los vuelos todavía estén restringidos.

—Y luego invadiremos Irak —lo interrumpió Drew Janowski, asesor especial del presidente en política de Defensa y Estrategia— y de ese modo quedará permanentemente erradicada la resistencia de Saddam a nuestro programa de dólares por petróleo. Creamos la crisis y después la manejamos con destreza. Creamos Seguridad Interior, después la Ley Patriota...

—En otoño de 2008, provocaremos una crisis en los mercados —dijo en voz baja Werner Drechsler, presidente del Banco Mundial—. Hundiremos el dólar. Habrá una contracción deliberada de todo tipo de crédito. Instigaremos la mayor crisis económica desde 1929. En menos de dieciocho meses quedará destruida entre el cuarenta y el cuarenta y cinco por ciento de la riqueza del mundo.

—Y hacia 2025 terminaremos el trabajo. —Julius De Vere

observó a los reunidos con satisfacción—. Durante la retirada masiva de depósitos debida al pánico bancario, hacemos caer intencionadamente la Reserva Federal y la sustituimos por nuestro Banco Central Mundial. Nos suplicarán que hagamos lo que sea para detener su sufrimiento.

Un hombre huesudo y de aspecto reconcentrado, de poco más de cincuenta años y que llevaba gafas de montura de pasta, alzó la vista de sus papeles.

—Y entonces, caballeros, daremos nuestro golpe de estado... La soberanía de Estados Unidos será eliminada permanentemente —dijo Piers Aspinall, jefe de los servicios de espionaje británicos, quitándose las gafas y echando el aliento a los cristales.

—Será la primera fase de la Unión Norteamericana. Lanzaremos una moneda nueva, el amero, e introduciremos el control de armas obligatorio. —Se reclinó pausadamente en el asiento—. A continuación, dividiremos el mundo en diez superbloques. Pondremos en marcha un incidente atribuible a servicios secretos extranjeros, nuclear o de terrorismo biológico, y decretaremos la ley marcial y la vacunación obligatoria. —Sacó del bolsillo de la chaqueta un pañuelo de algodón perfectamente planchado con sus iniciales bordadas y procedió a limpiar los cristales de las gafas—. Erradicaremos a los que resistan. Los patriotas. Los constitucionalistas. —Cruzó una fugaz mirada con Lorcan de Molay y añadió—: Los cristianos...

—Durante las próximas décadas —De Molay esbozó una leve sonrisa mirando al presidente de Petróleos del Mar del Norte y de la Corporación Petrolera Neerlandesa, que estaba sentado a su derecha—, los estadounidenses dirán que nuestra conspiración no es más que una leyenda urbana. Un brindis por el oro negro, señores —dijo, alzando un vaso de oporto añejo—. ¡Por los cuatrocientos mil millones de petróleo de las reservas iraquíes!

Los miembros de la Hermandad levantaron los vasos. De Molay se acercó a la cristalera que ocupaba toda una pared y miró hacia el Atlántico.

—Por Irak... —murmuró.

Apartó los ojos de la ventana y se volvió hacia los reunidos con una expresión extrañamente distante.

—Y luego, Jerusalén.

Todos se pusieron en pie al unísono y levantaron la copa.

—Por Jerusalén.

—Por nuestro Nuevo Orden Mundial —anunció Lorcan de Molay—. *Novos Ordo Seclorum*.

—*Novos Ordo Seclorum* —repitieron a coro todos los reunidos.

Lorcan de Molay levantó la copa por segunda vez y se volvió a aquel ignorante Manhattan que resplandecía bajo la tenue luz otoñal.

—Y por el reinado del único hijo que he engendrado...

*11 de septiembre de 2001,
Vuelo 11 de American Airlines
Aeropuerto Internacional de Logan, Boston
7.40 horas*

La atractiva morena con unas enormes gafas de sol de Prada sonrió y se volvió hacia el nervioso joven de piel aceitunada que estaba sentado a su lado. Llevaba una camisa azul y miraba al frente, con expresión insondable.

La mujer se encogió de hombros, pasó sus dedos finos de perfecta manicura por su melena rubia y volvió a concentrarse en el avión medio vacío, bostezando.

Desde el nacimiento de Alex, que había tenido lugar hacía doce semanas, Rachel Lane-Fox estaba obsesionada con la dificultad de conciliar el sueño.

Estiró sus piernas largas y esculturales, movió los dedos de los pies y se hundió en su asiento de la clase *business* en la fila 8 de un Boeing 767.

Hurgó en el bolso, sacó el teléfono móvil y pasó nombres en la agenda hasta que encontró el número de Julia De Vere. Pulsó el botón de marcar y la señal sonó dos veces.

—Hola, Jules —sonrió—. Sí, ya estoy de vuelta. En la pista

del aeropuerto de Logan... —Miró por la ventanilla—. Llevamos un poco de retraso. Sí, escucha, papá ya ha salido de la unidad de cuidados intensivos. No tengo palabras para agradecerte que hayas cuidado a Alex.

Una sobrecarga se detuvo a su lado. Rachel levantó la mirada.

—Lo siento, señora. El teléfono y... —Señaló el cinturón de seguridad.

Rachel se lo abrochó torpemente, sujetando el móvil con la barbilla.

La sobrecarga frunció el entrecejo y observó a Rachel con atención.

—¿No es usted la supermodelo Rachel, Rachel Lane-Fox?

—Sí, me ha pillado —suspiró Rachel—. Culpable.

Se quitó las gafas de sol y posó la mano libre en el brazo de la sobrecarga.

—Escuche —le dijo—, se trata de mi bebé. Sólo tiene doce meses. Mi padre ha sufrido un ataque cardíaco. Mi hijo está con una amiga. Es la primera vez que me separo de él. —Señaló el teléfono—. Por favor... —Esbozó una sonrisa cautivadora, mostrando sus dientes blancos y perfectos.

La sobrecarga consultó el reloj y suspiró.

—Está bien —dijo y, señalando las puertas del avión, añadió—: Puede hablar hasta que las cerremos.

—Gracias —respondió Rachel, guiñándole un ojo.

El hombre de la camisa azul de la butaca contigua la miró con gesto de desaprobación.

—Jules... —Eché un vistazo al hombre y bajó la voz—. Escucha, ¿Alex ha dormido toda la noche o ha sacado de sus casillas a Jason? —Contuvo una risilla. El vecino de asiento la miró abiertamente—. De acuerdo, cuando aterricemos en Los Ángeles tomaré un taxi directamente hasta las oficinas del *Cosmo* y os recogeré a los dos para ir a almorzar.

La sobrecarga había regresado.

—Señora Lane-Fox...

—Tengo que colgar, Jules. Dale un beso a Alex de mi parte.

Rachel cerró el teléfono, lo guardó en el bolso y colocó éste debajo del asiento apresuradamente.

«Qué extraño», pensó. El hombre de tez aceitunada se agarraba a los brazos del asiento como si su vida dependiera de ello y sudaba profusamente.

Debía de tener pánico a volar.

—Eh —le dijo, dándole unos leves toques en el brazo—. Cuando una vuela a menudo, no es tan terrible. Te acostumbras a ello. —Le dedicó una cálida sonrisa—. En mi caso, ha sido así.

Mohamed Atta la miró impertérrito.

Rachel se encogió de hombros, cogió una revista de moda y la hojeó ociosamente mientras el avión se alejaba de la puerta de embarque 32 en dirección a la pista de despegue 4R.

Ocho minutos más tarde, mientras el Boeing ascendía en unos diáfanos cielos otoñales, Rachel Lane-Fox contempló desde la ventanilla la espectacular panorámica del puerto de Boston.

Eran exactamente las 7.59 de la mañana del martes 11 de septiembre.

Lorcan de Molay consultó ociosamente la cara del cronógrafo de oro del reloj Grogan Patek Philippe de 1925 que llevaba en la muñeca derecha.

«El único reloj de este tipo hecho jamás para un zurdo», pensó.

En la Costa Este americana eran exactamente las 8.14 de la mañana.

El secuestro del vuelo número 11 de American Airlines había empezado.

Al cabo de unos minutos, Mohamed Atta y sus chivos expiatorios de la CIA advertirían que habían sido engañados.

No habría ningún avión esperándolos.

Esbozó una leve sonrisa, se secó la boca con una servilleta de lino que llevaba sus iniciales bordadas y la dejó junto al almuerzo, un plato de milhojas de langosta a la catalana que no había terminado.

El protocolo de control remoto se activaría en cualquier momento.

Su mirada se perdió más allá de los leones de bronce que sostenían el obelisco egipcio de granito rojo de cuarenta y cinco metros de alto, más allá de la Via della Conciliazione y la otra orilla de las aguas verdes y lodosas del Tíber, hasta las Siete Colinas de Roma. Entonces, consultó el reloj una vez más.

Al cabo de cuatro minutos, el funcionamiento del 767 quedaría bajo control directo del «Puesto de Mando» en tierra.

Se alisó la sotana de jesuita y cerró los ojos, volviendo el rostro hacia la suave brisa otoñal de Roma.

El sistema de control de vuelo del Boeing estaba a punto de ser reconfigurado para que se estrellara contra el World Trade Center de Nueva York.

*Correduría de bolsa Neal Black,
World Trade Center
8.40 horas*

Jordan Maxwell III, banquero de inversiones, miró por tercera vez en pocos minutos la pantalla de su ordenador.

—¡Eh, jefe! —dijo Damien Cox, un bisoño graduado de Harvard apoyado en la puerta de cristal de la oficina de Maxwell, con una taza de café Starbucks en la mano—. Sucede algo. Nos han dejado fuera del sistema. Es extraño. —Sonrió.

Maxwell volvió la vista a Powell, el vicepresidente del departamento de Tecnología de la Información de Neal Black, que había aparecido en el umbral, detrás de Cox.

—Sí, estamos fuera —murmuró Powell.

—¿Todos? —quiso saber Maxwell, enarcando las cejas.

—Todos los ordenadores, en las tres plantas. Trescientas dieciocho estaciones de trabajo, para ser exactos. Hemos sido invadidos. Y alguien... alguien está descargando todos nuestros archivos. —Powell hizo una pausa—. Desde fuera del edificio.

—¿Hackers?

—No —respondió encogiéndose de hombros—. Es un ataque demasiado sofisticado. Un programa nos ha dejado fuera.

No había visto nunca una cosa así —Powell sacudió la cabeza—, y he visto de todo.

Maxwell se puso en pie y se encaminó rápidamente a la amplia oficina diáfana de Neal Black, seguido por Powell y Cox.

Mientras caminaba, miraba los monitores de los ordenadores. Luego, dirigió la vista a la puerta de cristal de la sala de reuniones, donde el director general y dos importantes socios de la correduería estaban enfrascados en una intensa conversación en voz baja.

—¿Ha informado a Morgan?

—Tiene una llamada de Europa, de los grandes jefes. No quiere distracciones.

—Bien, le informaré a través de la línea interna. —Maxwell se volvió de repente, regresó a su oficina y se sentó en su costoso sillón de cuero sin apartar los ojos de la pantalla. Se dispuso a pulsar la línea interna y entonces dudó.

Alguien estaba descargando todavía los ficheros.

Se suponía que él no sabía nada, pero había estado siguiendo el tráfico anómalo de transacciones desde el 6 de septiembre.

Sólo en las últimas cuarenta y ocho horas, por los ordenadores de las oficinas de Neal Black, situadas en el World Trade Center, habían pasado unos doscientos millones de dólares en transacciones ilegales.

Y luego, estaba esa transacción única de pagarés del Tesoro por valor de cinco mil millones de dólares que había mencionado Von Duysen el día anterior, mientras tomaban una copa.

Inquieto, miró al otro lado de las puertas de cristal en dirección a la sala de reuniones.

Aquello estaba relacionado con Europa, con los poderes a los que no había que desobedecer nunca. De eso estaba seguro.

Maxwell pulsó una tecla del teclado y observó la pantalla con impaciencia.

No había duda de ello. Se estaba produciendo un gran «saqueo» financiero.

Alguien cubría sus huellas. Todos los archivos salían del edificio descargados a la velocidad de una centella. Aquello ocurría ante sus propias narices. Los estaban sacando del sistema. ¿Adónde los llevarían?

Sacudió la cabeza, cogió la taza de café, que se le había enfriado, y se dirigió a la ventana.

Contempló el transparente firmamento de Manhattan, preguntándose por qué.

Entonces oyó un extraño ruido y frunció el entrecejo. Si no fuera ridículo, diría que se trataba del rugido de los motores de un avión.

Volvió la cabeza hacia la izquierda.

La taza de café se le resbaló de la mano y el líquido se derramó en la hermosa alfombra bereber.

El 767 venía directo hacia él.

VEINTE AÑOS DESPUÉS

El carro de Alá

Diciembre de 2021
Cisterna número 30
Monte del Templo, Jerusalén

—¡Abuelo! ¡Abuelo! —Jul Mansur tiraba de la vieja túnica de beduino de su abuelo mientras éste caminaba con paso firme por el laberinto de entradas a las cisternas de superficie en dirección a la puerta de Warren—. ¡Abuelo! —repitió—. No deberíamos estar aquí. ¡Es terreno prohibido! La radiación...

Abdul-Qawi se volvió y miró con el entrecejo fruncido y expresión sombría a su nieto de trece años. Luego, su rostro oscuro y apergaminado se quebró en una amplia y desdentada sonrisa.

—Jul. —El hombre levantó al aire sus manos morenas y deformes en señal de exasperación; después, desenganchó un medidor de radiaciones que llevaba en el cinturón y lo abrió—. ¡Ja! —exclamó—. ¡No hay radiación! Eso son manipulaciones de las Naciones Unidas. La radiación está en Tel Aviv, en Jaffa, no en Jerusalén.

—Los soldados nos detendrán, abuelo.

—¿Ves a los israelíes? ¿Ves siquiera a los empleados del Wakf, que administra el día a día de la Explanada de las Mezquitas? —Abdul-Qawi señaló con gesto dramático el Monte vacío y acordonado. Escupió en el suelo y se secó la boca con el revés

de la mano—. Se han marchado todos, todos... Desde que la guerra terminó.

El viejo siguió caminando los cincuenta metros que lo separaban de la Puerta.

—Los soldados se han marchado pero, de todos modos, estás allanando una propiedad, Jadd —replicó el chico.

Al oír el sonido de su nombre en árabe, Abdul-Qawi se detuvo en seco.

—¡Ah! —exclamó, levantando las manos, esta vez de desesperación—. Escuelas privadas, profesores europeos, y lo único que te enseñan es a faltarle el respeto a tu abuelo. Ahora, permíteme que tu Jadd sea tu maestro. —Se volvió hacia Jul con sus huesudos brazos en jarras y prosiguió—: Este viejo arqueólogo beduino sabe que en este preciso instante los israelíes y los hombres del Wakf yacen muertos y heridos en hospitales de toda Jerusalén mientras los europeos descansan en sus palacios opulentos, dividiendo el Monte mientras hablamos. —Levantó una mano en gesto teatral—. Esto para los judíos, esto para los árabes. Esto para las Naciones Unidas. ¡Bah! Aprovechamos la oportunidad. —Señaló los cascos que se alzaban delante de ellos y continuó—: Los israelíes y los Wakf sellaron la puerta y el terremoto ha vuelto a abrirla. En honor a Alá y por respeto a mis excavaciones arqueológicas de estos últimos sesenta y cinco años, debo buscar.

El viejo empezó a encaramarse cuidadosamente a los escombros y entró en una gran sala subterránea de unos veinticinco metros de largo con muchos túneles de salida que discurrían en direcciones distintas. Sus ojos de ave rapaz brillaron de emoción.

—Deprisa, deprisa —le dijo a Jul con gesto impaciente. El chico estaba unos tres metros detrás de él y empezaba a bajar los peldaños de piedra.

El viejo se detuvo, encendió la linterna y se agachó para mirar un mapa arrugado.

Jul suspiró ruidosamente. De repente, su abuelo le agarró la mano libre con tanta fuerza que se encogió de dolor.

—¡El Sancta Sanctorum! —Abdul-Qawi tenía un brillo ex-

tático en los ojos. Tembloroso, se puso en pie y siguió caminando entre los cascotes recientes en dirección a un túnel ya excavado.

De repente, frunció el ceño y clavó la mirada en un reluciente objeto dorado que sobresalía de una pequeña cavidad, a diez pasos de él.

Abdul-Qawi se acercó con cuidado, indicando con un gesto a su nieto que lo siguiera. Sobrecogido, miró el brillante metal.

—Es el carro de Alá —murmuró.

Continuó caminando, murmurando en árabe para sí, como si sufriera un trance hipnótico, y alargó la mano hasta detenerse a pocos centímetros de la ornamentada asa de oro que sobresalía del suelo. La mano le temblaba.

Jul observó pasmado cómo Abdul-Qawi tocaba el asa. Al momento, el cofre emitió un intenso relámpago de color azul.

—¡Alá Akbar! —gritó Abdul, al tiempo que cerraba la mano en torno al asa de oro.

La corriente eléctrica que se había desatado le recorrió el cuerpo y Jul vio horrorizado cómo su abuelo se agitaba violentamente de un lado a otro, en pleno paroxismo.

—¡Jadd! —Jul corrió hacia él.

El viejo miró al chico con unos ojos aterrorizados y excitados y, luego, haciendo acopio de todas sus fuerzas, apartó la mano del cofre y fue arrojado al suelo con violencia.

Jul tiró de él por entre los escombros para alejarlo de aquel cofre pulsante.

—¡Jadd! ¡Jadd! —Jul tomó la cabeza del abuelo en sus manos temblorosas. Las lágrimas le caían en regueros por las mejillas manchadas de barro.

Abdul se incorporó, miró fijamente a Jul y emitió un grito ahogado:

—¡El sello de Daniel! —dijo.

Y se desplomó hacia atrás.

El rayo del Arca de la Alianza lo había fulminado.

2

Las secuelas

Jason

Diciembre de 2021

Yate de comunicaciones de la VOX

Puerto de Nueva York

Aquella era la cuarta campaña de lanzamiento que realizaba el ilustre grupo de comunicación VOX sólo en lo que llevaban de semana.

Y la más fastuosa.

Pese a las temperaturas bajo cero, en Nueva York había ganas de fiesta y también las tenía Jason De Vere, presidente y propietario del multimillonario conglomerado mediático VOX.

La Tercera Guerra Mundial había terminado hacía catorce meses, después del ataque nuclear a Moscú por parte de Occidente, y las innumerables corporaciones multinacionales con sede en Manhattan volvían a salir a la superficie. La amenaza permanente de un ataque nuclear en el centro de Nueva York era un recuerdo que se desvanecía deprisa y la cubierta inferior del mayor de los cinco yates corporativos de Jason De Vere estaba a rebosar, literalmente.

Financieros de Wall Street de mediana edad, propietarios y gestores de fondos de inversión directa, presentadores de televisión maduros y agentes del mundo del espectáculo abarrotaban la pista de baile, mezclándose con la *crème de la crème* de los

veinteañeros y treintañeros que constituían la elite de la televisión, la moda y la industria editorial, moviéndose todos al compás de la música.

Jason De Vere había llegado en helicóptero hacía diez minutos. No era habitual que se presentara en actos como aquél y los colaboradores con los que trabajaba personalmente atribuían su asistencia a la presencia de cinco inversores multimillonarios de Pekín que participaban en la última aventura comercial de Jason.

Era su triunfo más reciente, el lanzamiento en China de las múltiples cadenas de televisión y productoras de cine de la VOX.

A los cuarenta y cuatro años, Jason De Vere todavía era guapo y fornido, pero empezaba a vérselo envejecido. Su rostro bronceado estaba surcado de arrugas y sus cabellos, que llevaba muy cortos, ya adquirían tonalidades plateadas.

Y su estado de ánimo, en aquel momento, tampoco era jovial.

Se encontraba abrazado a una rubia excesivamente bronceada, atrapado en medio de la pista de baile, moviéndose torpemente al son de la música con un vaso de whisky en la mano.

Miró a su alrededor. Qué jóvenes eran todos, pensó. Estaban más cerca de la edad de su hija Lily que de la suya. ¿Qué había sido del tiempo? ¿Adónde había ido? La clon rubia, presentadora de los premios musicales de la VOX de aquel año, lo atrajo hacia sí, entrelazando las manos detrás de su nuca, con lo cual impedía que Jason apurara el último trago de su siempre presente vaso de whisky.

De Vere puso los ojos en blanco en gesto de frustración, después de tratar de encontrar en vano a una de sus secretarías ejecutivas.

—Maldita sea la necesidad de una relaciones públicas —murmuró.

La nueva y más joven de ellas, una elegante belleza asiática recientemente trasladada a la oficina de la VOX en Nueva York desde la corresponsalía de Singapur, estaba enfrascada en una viva conversación con los clientes de Pekín.

Desesperado, echó un vistazo a la sala buscando a su secreta-

ria personal, una mujer de toda su confianza que llevaba diecinueve años trabajando para él, la señora Jontil Purvis, nacida en Charleston, Carolina del Sur, hacía cincuenta y siete años.

Jontil era la sal de la tierra y una empleada absolutamente indispensable para Jason. Había empezado a trabajar en la VOX en los mismísimos inicios y había vivido los primeros años difíciles y caóticos de la empresa.

Durante las dos décadas anteriores, se había implicado en la agotadora tarea de hacer que todos los aspectos de la brutal e implacable existencia de Jason De Vere fueran manejables.

Jontil se había ocupado de sus complejas fusiones de miles de millones de dólares, había organizado la hospitalización de Lily De Vere después del accidente y la terapia que realizó a continuación y, recientemente, se había implicado en la resolución de los desagradables detalles del agrio divorcio de Jason y Julia, ampliamente publicitado.

Durante la separación, que había durado un año, Jontil Purvis había tratado a Jason con desdén. Adoraba a Julia St Cartier y así había sido desde que conociera a la joven y alegre esposa periodista de Jason hacía ya diecinueve años. Entre las dos mujeres se había forjado una profunda amistad y Jontil Purvis era muy leal. También era una devota baptista que creía en la santidad del matrimonio. Y creía en Jason y Julia.

Y, además, estaba Nick, su hermano pequeño. Jason frunció el entrecejo. Jontil Purvis no tenía intención de facilitarle las cosas a Jason De Vere, eso lo sabía. Pero era ella la que recibía las llamadas de Nick y se reservaba sus opiniones para sí misma. Jason confiaba por completo en Jontil Purvis. Y Jason De Vere confiaba en muy pocas personas.

Finalmente, distinguió su pelo rubio perfectamente cardado y peinado. Estaba en un rincón de la sala con su omnipresente Blackberry y dos *notebooks* en su mano izquierda. El traje de seda lila que vestía realzaba su aire de matrona y, como siempre, se la veía serena y tranquila.

—¡Purvis! —le gritó Jason, volviéndose hacia ella. Jontil levantó los ojos a la llamada, miró a la rubia y a Jason de arriba abajo, asintió y desapareció.

Al cabo de una décima de segundo, una morena alta y flaca corrió a liberar a Jason del ardiente abrazo de la rubia. Luego, lo guio por el salón y encendió una pantalla con un mando a distancia. En la pantalla apareció la cara de un hombre.

—Jason... —Le agarró el brazo con fuerza, desbordada por la emoción—. ¡Jason! —Movi6 la pantalla hacia 6l—. Matt est6 en l6nea, desde Teher6n. Se trata de tu hermano. Tenemos la exclusiva. 6ltimas noticias. Finalmente, se ha fijado una fecha para el acuerdo de paz. Ser6 un 6xito, Jason.

—Me tomas el pelo, ¿verdad, Maxie? —Jason frunci6 el entrecejo—. 6ste es el plan de rescate de Purvis.

Ella lo mir6 con aire inexpresivo y Jason entorn6 los ojos.

—El Acuerdo Ishtar —dijo y la asió por el brazo con tanta fuerza que la mujer recul6 de dolor.

—Israel, Irak, Ir6n, Rusia —asinti6 Maxie vigorosamente.

—El tratado de paz de la Tercera Guerra Mundial... ¿Est6 segura?

Jason se sac6 la Blackberry del cintur6n y pas6 los mensajes hasta que encontr6 uno con la marca A.D.V.

Abri6 el texto que le habían mandado hacía una hora.

«*Ir6n se ha rendido. Acuerdo de paz 7 de enero. Tu EXCLUSIVA.*»

—¡Maldita sea! —Jason apart6 a Maxie de un empuj6n.

—¿Qu6 ocurre, Matt?

Clav6 los ojos en la imagen de Matt Barton, director de la corresponsalía de Teher6n, que aparecía en la pantalla.

—Aquí no queda pr6cticamente nada, jefe. Teher6n es la 6nica ciudad que sigue en pie. Mashad, Tabriz... han quedado reducidas a cenizas. Han sido ataques nucleares directos, pero los iraníes han sido m6s tercos que el demonio. Hasta que lleg6 el hermano de usted. Aceptaron la derrota hace aproximadamente una hora. Es una noticia confirmada —asinti6 Matt—. Se ha fijado la fecha del acuerdo para que coincida con la inauguraci6n de la sede de las Naciones Unidas en Babilonia. Dentro de tres semanas.

—¿En Babilonia? ¿No en Damasco? —Jason arque6 las cejas—. Qu6 interesante.

Matt frunció el ceño.

—¿Y qué hay de Israel?

—Inflexible, como siempre. Dejaré que sea Melanie quien le haga el resumen.

Melanie Kelly, la jefe de corresponsales de la VOX en Oriente Próximo, ocupó la pantalla.

—Israel está dispuesto a desnuclearizarse, señor. Lo sabemos seguro.

—¿Hasta qué punto lo sabemos seguro?

—Seguro del todo, oh gran magnate, pero dicen los rumores que su hermano, que es un genio, ha conseguido que Israel firme unos preacuerdos ligados a unas importantes concesiones que, lamento decirlo, sólo él conoce. Ya sabe lo cauteloso que es... Al parecer, lo que han firmado es como un acuerdo prenupcial. En cualquier caso, confíe en mí. Irán va a aceptarlo e Israel lo aceptará la semana próxima. Estaremos en antena dentro de diez minutos.

Jontil Purvis puso la mano en el brazo de Jason con gesto tranquilo.

—La central de VOX está en línea, señor. Lo esperan abajo.

Jason apagó el pequeño televisor y luego se abrió paso por la atestada sala de baile y el bar hasta las escaleras de caracol que llevaban a la cubierta inferior, que era la zona de los ejecutivos. Al llegar ante una puerta forrada de cuero, se detuvo.

—Lily —le dijo al sistema.

—Verificación de la palma de la mano.

Jason levantó la mano, la puso ante el lector y, al cabo de un segundo, la puerta se abrió. Se acercó a la gran hilera de televisores que llenaba una de las paredes de la cubierta.

El controlador de la transmisión pulsó un botón y la emisora de la VOX en Manhattan apareció en el aire.

Jason vio a docenas de jóvenes productores, recién salidos de la escuela de periodismo, entrando y saliendo de la transmisión con cedés de vídeo en la mano y gritando instrucciones por el teléfono móvil. Un chico de veinticinco años, con el bronceado típico de la Costa Oeste y el pelo largo y con mechas, apareció en la pantalla.

—Hola, jefe. Vamos a conectar en directo con su hermano en cualquier momento.

—Más volumen. —Jason lanzó la chaqueta al lujoso sofá de cuero y se subió las mangas de la camisa despacio, sin apartar los ojos de los rótulos que pasaban por la parte inferior de la pantalla.

Jontil Purvis se quedó en el umbral mirando a su jefe atentamente. Llevaba veinte años en el negocio y todavía se emocionaba cuando conseguía una entrevista en exclusiva y en directo. Jason De Vere se encontraba en su elemento.

Jason miró mientras Nueva York se conectaba.

—Diez, conexión, nueve...

—Jason, tenemos China...

—¿Dónde está Al Jazira? —gritó Jason ante el micrófono.

—Al Jazira acaba de conectar, Jason...

Entró un ejecutivo delgado y con aire de haber estudiado en una universidad elitista. Parecía alborozado.

—Todo el mundo está desesperado por divulgar el vídeo: Reuters, Associated Press, la CNN, la ABC.

—Nosotros ganamos dinero —murmuró Jason—. Bien, que estén desesperados está bien.

—¿Y la BBC?

—Ahora conectaremos con Londres y enlazaremos con Mel, en Teherán.

Melanie Kelly, corresponsal en Oriente Próximo, visible en dos de las pantallas de vista previa, se llevó la mano al auricular.

—Clay está terminando de poner el micro al presidente. Estaremos listos dentro de ocho.

Jason miró alborozado a Melanie en la pantalla del televisor.

Junto a ella estaba Adrian De Vere, que acababa de jurar el cargo como presidente de la Unión Europea.

—Decidle hola a mi hermano pequeño —murmuró ante el micrófono.

—Lo haremos, jefe.

Jason no podía apartar los ojos del televisor. En la pantalla de la vista previa, Adrian sonrió y levantó la mano en señal de reconocimiento.

—Pregúntale si Israel ya está en el saco.

Adrian asintió y levantó el pulgar en señal de triunfo.

Jason sacudió la cabeza, sonrió y extendió la mano hacia Jontil Purvis. Ésta le había preparado un whisky y se lo dio. Jason lo cogió, bebió un trago y se concentró en el presentador de las noticias de Nueva York, que retransmitía desde los estudios de la VOX en Manhattan.

—Tenemos noticias de que, hace una hora, en Teherán, se ha fijado una fecha para la firma del tratado de paz más frágil de la historia del Occidente, el acuerdo de paz que pondrá fin a la Tercera Guerra Mundial, el Acuerdo Ishtar para Oriente Próximo.

Jason se sentó en el sofá sin apartar los ojos de la pantalla.

—Lo firmarán los principales contendientes de la guerra nuclear más sangrienta de la historia, la guerra ruso-panárabe-israelí: Irak, Irán, Siria, Turquía y Egipto, así como Rusia, Israel, Estados Unidos y la Unión Europea.

»Ahora cedemos la palabra a Melanie Kelly, jefa de corresponsales de la VOX en Oriente Próximo, que nos habla en directo desde Teherán.

La cámara enfocó un primer plano de la rubia y delgada Melanie Kelly.

—Aquí, conmigo en Teherán, se encuentra el principal negociador del acuerdo en representación de las Naciones Unidas y nombrado recientemente presidente del superestado europeo. Con sólo treinta y nueve años de edad, muchos lo comparan con John F. Kennedy. Con ustedes, Adrian De Vere.

La cámara enfocó a Adrian De Vere y Jason se puso en pie, alborozado.

—Éste es un día histórico para Oriente Próximo...

Adrian esbozó una radiante sonrisa con su acostumbrada expresión serena y relajada.

—... y para el mundo.

Jason estudió a su hermano. El rostro de Adrian tenía unas proporciones perfectas para la cámara. Era un rostro fuerte, cincelado, de pómulos altos. Casi hermoso. Su aspecto era urbano, refinado. Tenía un pelo negro azulado que le rozaba el cuello de

un traje de corte perfecto y lucía su habitual bronceado caribeño.

Jason frunció el entrecejo.

Los dientes de su hermano se veían distintos, de un esmalte perfecto y más blanco. Sin lugar a dudas, aquello se debía a la influencia de Julia. La empresa de relaciones públicas que acababa de crear había conseguido dos clientes famosos en menos de dos semanas, el equipo nacional de fútbol de Inglaterra y Adrian De Vere, recién nombrado presidente de la Unión Europea. Jason arrugó la frente. Después de veinte años de matrimonio, se enorgullecía del hecho de que, hasta el divorcio, se había resistido tercamente a los intentos de Julia para que cambiara de estilo. Aun así, tenía que admitir que, gracias a los esfuerzos de Julia De Vere, Adrian era ahora el epítome de un astro cinematográfico.

—Tanto Oriente como Occidente han anhelado que llegue el día en que podamos estar tranquilos sabiendo que nuestras familias y las generaciones futuras no tendrán que sufrir más la amenaza de una guerra nuclear, de terroristas suicidas, de rehenes que terminan asesinados. —Adrian dudó unos instantes—. Los hijos de Oriente y los hijos de Occidente ya no morirán más en combate.

Jason sacudió la cabeza. Había que reconocerlo: en toda la historia de la televisión, ningún político, presentador o estrella de cine había logrado nunca una conexión personal tan intensa con los telespectadores.

Era instantánea. Era hipnótica. Era claramente cautivadora y le salía sin esfuerzo.

Adrian De Vere era la niña de los ojos del público televidente internacional. Durante las dos legislaturas en que había sido primer ministro británico había ocurrido lo mismo. Daba lo mismo que los espectadores fuesen iraquíes, sirios, alemanes, ingleses, americanos, chinos o franceses. Todos lo consideraban su padre, su hijo, su hermano, su vecino, su amigo... Jason sacudió la cabeza con incredulidad. Era quien ellos querían que fuese.

Bebió otro largo trago y apuró el whisky. De repente, se fijó en el titular de la sección de negocios del *New York Times*. Re-

zaba: «En 2021, el Producto Interior Bruto en Europa doblará el de Estados Unidos.»

—Hermanito... Hermanito mío —murmuró con los ojos fijos en la pantalla—. Eres el hombre más poderoso de Occidente.

Nick

Diciembre de 2021

Soho, Londres

Nick De Vere se recostó en el sillón rojo de piel de cocodrilo. Era atractivo, casi guapo, con unos inteligentes ojos grises, una nariz aguileña y unos pómulos altos. Sus hermosos cabellos, aclarados por el sol, le rozaban el cuello de la chaqueta de cuero.

Bebió un trago de su café, disfrutando de la elegancia de la interminable clientela de ejecutivos de A & R, productores de discos, artistas y los habituales aspirantes a estrellas del rock que se arremolinaban alrededor de la barra del bar.

El Soho. Londres de noche.

La ciudad había recuperado su ambiente tras el final de la Tercera Guerra Mundial.

Londres había vivido bajo la amenaza de la aniquilación nuclear por parte de Irán y Rusia durante ocho interminables meses. El almacén de armas nucleares de Aldermaston, a menos de cincuenta kilómetros de la ciudad, y la base de submarinos nucleares de Faslane, en Escocia, habían sido arrasados por el equivalente ruso de una mini bomba nuclear B61-11. En cuanto a Manchester y Glasgow... Nick suspiró.

Todo el mundo estaba muy nervioso esperando la ratificación del Acuerdo Ishtar pero, teniéndolo todo en cuenta, la semana anterior los teatros habían reabierto al público e innumerables agencias de creación de contenidos, sellos discográficos, estudios de posproducción y de grabación funcionaban ya a pleno rendimiento.

En el barrio del Soho, era como si no hubiese sucedido nada.

Nick se apartó un mechón de flequillo rebelde que siempre

le caía sobre sus ojos grises y observó el restaurante de la planta baja. Su innato sentido de arqueólogo se había puesto en marcha. El hotel boutique había sido construido a partir de dos casas señoriales del barrio del Soho, antaño ocupadas por el MI5. Tenía cine privado y azotea ajardinada. Los taburetes de la barra eran de época y combinaban cuero y metal. Las paredes estaban cubiertas de tejido adamascado.

Observó las caras de la entrada en busca de Klaus von Hausen. De momento, no había ni rastro del delgado y elegante experto en antigüedades. Von Hausen, fiel a su herencia germana, era muy quisquilloso con la puntualidad y el detalle. Era el conservador más joven del departamento de Oriente Próximo del Museo Británico y supervisaba la mayor colección del mundo de antigüedades asirias, babilonias y sumerias. Por teléfono, Klaus se había mostrado desacostumbradamente cauteloso. Cuando tomaran algo juntos, Nick averiguaría qué le ocurría.

Cerró los ojos. En su expresión había una rara tranquilidad.

No había rastro de los entrometidos paparazzi británicos que lo acosaban permanentemente. Hoy les había dado el esquinazo. Cuatro años atrás, cuando tenía veinticuatro, Nick De Vere, brillante arqueólogo, heredero de las dinastías financieras y petroleras y también icono de la cultura pop londinense, había sido nombrado *sex symbol* del año, agasajado por todas las revistas de la prensa rosa de Occidente. Observó la hilera de televisores colgados sobre la barra de cuero granate del bar. Todos mostraban el familiar logo de la VOX en el ángulo superior derecho.

La VOX. La monolítica empresa de comunicaciones valorada en miles de millones de su hermano mayor.

Nick suspiró.

Jason, pensó.

Jason no le había perdonado nunca el accidente.

Dejó la taza de café y la cambió por el vaso de cerveza John Smith que tenía a su izquierda.

En realidad, él tampoco se perdonaría nunca a sí mismo.

Lily De Vere, la hija de siete años de Jason, había quedado inválida para siempre. Julia, como si fuera la hermana mayor que no había tenido nunca, lo perdonó al instante. Pero Jason, no.

Jason no había vuelto a hablar con él desde ese día. El joven y rico playboy había ahogado sus penas y una parte importante de su desmesurado fondo fiduciario en una serie de exclusivos clubes privados desde Londres a Roma, pasando por Montecarlo.

Sus devaneos habían salido en las portadas del *News of the World* y del *Sun*, para vergüenza de su padre, desesperación de su madre y auténtico horror de su hermano mayor.

Su padre, James De Vere, estrictamente aferrado a las tradiciones, había descubierto su aventura con Klaus von Hausen y había congelado el fondo fiduciario de Nick antes de sufrir un ataque cardíaco mortal.

Y ahora Nick tenía el sida. Una noche como muchas: el sexo, la heroína, la adrenalina de salir a ligar.

Nick De Vere agonizaba.

—¡Eh! —Alguien con un leve acento alemán se entrometió en sus ensueños.

Klaus hundió su alto y magro cuerpo en el otro sillón de piel de cocodrilo, enfrente de Nick. Su relación había sido intensa, pero de breve duración. Sin embargo, seguían siendo íntimos.

—Hola —murmuró Nick—. Me alegro de verte.

—No puedo quedarme mucho rato. —Klaus consultó su reloj—. Tengo que hacer las maletas. Me han ascendido.

Nick arqueó las cejas.

—Una excavación clasificada en Oriente Próximo. —Klaus acercó el sillón al de Nick—. Han descubierto un antiguo objeto histórico de importancia internacional. Mira, Nick, no sé de qué se trata —añadió bajando la voz—, pero es algo extraordinario, eso seguro. El MI6 y la Interpol están implicados. —Fruunció el entrecejo—. Hoy han venido al museo. Y está involucrado el Vaticano.

—¿Y no sabes dónde? —quiso saber Nick.

—En Irak, Siria o Israel. —Klaus sacudió la cabeza—. Los orígenes de la civilización. Sé cómo trabajan. El lugar será secreto hasta mi llegada a él.

Los ojos de Klaus brillaron de emoción.

—Nada de móviles, ni ordenadores portátiles. No podré comunicarme con nadie hasta que regrese a suelo británico.

—Y eso, ¿cuándo será?

—Estaré allí el tiempo que sea necesario. —Hizo una seña a una camarera y le pidió un café—. Y tú, ¿cuándo te marchas a Egipto?

—Mañana —respondió Nick—. Haré noche en Alejandría y luego me reuniré con St Cartier en el monasterio.

—Ah, Lawrence St Cartier. —Klaus arqueó las cejas—. El enigma...

Se volvió hacia la hilera de televisores que había sobre la barra.

—Parece que tu hermano ha logrado sentar a los iraníes a la mesa de negociación. Ha salido en todos los noticiarios.

Nick miró las seis pantallas. En todas aparecían las atractivas facciones angulares de Adrian De Vere.

—Gracias a Dios. Me alegro mucho por Adrian —murmuró Nick.

Klaus posó la mano con suavidad en el frágil antebrazo de Nick.

—¿Sigues pagándote la medicación?

—La medicación, las clínicas, mis apartamentos en Montecarlo, Londres, Los Ángeles, el Ferrari... Me ha salvado la vida. Literalmente. Esta semana me llegará el dinero jordano y volveré a ser económicamente independiente. Dios mío —Nick sacudió la cabeza—, papá nos odiaba a ti y a mí. Odiaba nuestra relación.

—Son cosas del pasado, Nicholas —dijo Klaus con dulzura—. Lo que tenemos que conseguir es que te pongas fuerte. Ya sabes que puedes contar conmigo para todo lo que necesites.

—Gracias, Klaus. —Nick esbozó una débil sonrisa—. Siempre has sido el mejor.

—¿Cómo está la princesa, la jordana?

—Las cosas van bien —respondió en voz baja.

—¿En serio?

—Completamente en serio —respondió Nick tras beber un trago de su cerveza.

—¿Y Jason?

—Ya conoces a Jason. —Nick se encogió de hombros—. Yo no existo.

—Te han dado seis meses de vida. Ni siquiera una llamada telefónica... —Klaus se encogió de hombros, visiblemente disgustado—. Es él quien tiene el problema.

Volvió a fijarse en las pantallas de televisión.

—En Alemania llaman *Der Wunderkind* a Adrian —añadió—. Incluso mi abuela en Hamburgo. Lo que ocurrió en Berlín fue tan horrible... —Se interrumpió y sacudió la cabeza con tristeza.

—¡Eh, suban el volumen! —gritó un ejecutivo de A&R mal afeitado y con un reluciente traje negro que le quedaba muy ajustado.

Nick lo miró intrigado y en el restaurante se hizo el silencio.

Todos los ojos estaban clavados en Adrian De Vere, ex primer ministro británico.

—Por primera vez en la historia del mundo desde Hiroshima, grandes ciudades han sufrido la destrucción total de un ataque nuclear.

La voz de Adrian era muy tranquila aunque sonaba firme.

—Moscú, San Petersburgo, Novosibirsk, Damasco, Tel Aviv, Mashad, Tabriz, Alepo, Ankara, Riad, Haifa, Los Ángeles, Chicago, Colorado Springs, Glasgow, Manchester, Berlín... La lista es interminable.

Dudó unos instantes.

—Ciudades enteras han quedado borradas de la faz de la tierra. Comunidades, familias, padres, madres, hijos, hijas. Sus cuerpos han quedado reducidos a cenizas.

Adrian miró directamente a la cámara y en el restaurante se hizo el silencio.

—El mes próximo, se firmará en Babilonia un pacto entre Rusia, los países árabes, las Naciones Unidas, la Unión Europea e Israel. Un pacto de desarme nuclear que tendrá una vigencia de cuarenta años. La primera fase, el Acuerdo Ishtar, que durará siete años, se firmará en Babilonia. Es mi aspiración personal más ferviente. Con esto quiero decir que estoy decidido... —Hizo una pausa—. Permítanme que lo repita, estoy decidido...

Sus ojos brillaron con gran pasión e intensidad.

—... a que bajo la guía y la protección de la recién fundada Fuerza de Defensa Militar de la Unión Europea, y bajo mi liderazgo como presidente de la Unión Europea, la amenaza de guerra nuclear entre Oriente y Occidente desaparezca no sólo durante una generación sino para siempre.

Adrian De Vere hizo una nueva pausa.

—No se me ocurre una manera mejor de terminar este comunicado que citando al trigésimo quinto presidente de Estados Unidos. Del discurso de John F. Kennedy el 10 de junio de 1963 en la Universidad Americana:

¿Qué clase de paz queremos? ¿Qué clase de paz buscamos? No una Pax Americana impuesta al mundo por las armas bélicas americanas. No la paz de los cementerios ni la seguridad del esclavo. Hablo de paz auténtica, esa clase de paz gracias a la cual merece la pena vivir la vida en la tierra, la clase de paz que permite a los hombres y a las naciones crecer y tener esperanza y construir una vida mejor para sus hijos. No sólo paz para los americanos, sino paz para todos los hombres y mujeres, no sólo paz en nuestros días...

Adrian miró directamente a la lente de la cámara. Sus ojos azul zafiro transmitían determinación.

—... sino paz para siempre.

Asombrado, Nick vio que todos los presentes miraban a Adrian con admiración.

El público británico, crítico y a menudo escéptico, seguía todas y cada una de sus palabras.

Nick sacudió la cabeza, sorprendido.

Su hermano mayor era, en aquel momento, el personaje público más influyente del mundo civilizado.

Nick había prometido a Adrian que iría a visitarlo cuando regresara de Egipto.

A la mañana siguiente, haría la reserva del billete de avión.

Lorcan de Molay esbozaba una lenta sonrisa ante el televisor.

—«Cuando el Acuerdo de los Hombres se haya formado —murmuró—. Y cuando las Puertas de Sión se mantengan firmes... El Primer Sello se romperá... La Tribulación ocurrirá...»

Dio una profunda calada a su cigarro.

—Faltan tres semanas para que se firme el acuerdo en Babilonia. —Pulsó un botón del mando a distancia y la cara de Adrian De Vere desapareció de la pantalla—. Tres semanas hasta que se rompa el Primer Sello de la Revelación —murmuró, volviéndose hacia los presidentes de Irán y Siria.

Kester von Slagel se situó a su lado.

—Todo va según el plan trazado, excelencia. Pronto, este pedazo de tierra cuarteada dejará de ser la espina que lleva clavada.

De Molay salió a la terraza de la suite presidencial del hotel Rey David y el gélido viento de poniente que soplaba en Jerusalén le alborotó el cabello negro azabache.

Se envolvió en su chaqueta y dirigió la mirada más allá del Muro Oeste y de Jerusalén Este, más allá de la Ciudad Vieja en dirección a una rocosa y anodina loma que se elevaba en el lado norte. Era el Gólgota.

Vencería al Nazareno en su propio terreno. La última gran batalla.

En sus labios se dibujó una dura y prieta sonrisa.

—En Jerusalén.

Hermanos

2021

Monumento a Lincoln
Washington DC

Miguel envolvió su cuerpo delgado e imperial en su capa jade y, por octava vez en menos de una hora, oteó el horizonte con sus facciones imperiales encajadas.

Gabriel estaba unos pasos detrás de él. Una rara intensidad iluminaba sus ojos gris claro. El viento que se había levantado agitaba sus rizos de color platino.

El intenso aroma del incienso impregnaba el aire.

Miguel frunció el entrecejo. Por allí, subiendo la escalinata de palacio a grandes zancadas y dejando atrás las monolíticas columnas estriadas que se alzaban sobre los pórticos, venía un sacerdote. Con los cabellos recogidos en una única trenza, vestía la sotana negra de la orden de los jesuitas.

Lucifer levantó la mano en un saludo a sus hermanos.

—Me he convertido —declaró y dirigió una sonrisa desquiciada a Miguel—. Soy un soldado de Cristo.

Miguel le lanzó una mirada torva.

Lucifer se detuvo bajo la inmensa estatua sedente de Abraham Lincoln. Su metro ochenta de estatura quedaba empequeñecido ante la escultura tallada en mármol blanco de Georgia.

Todo su cuerpo empezó a transformarse en lo que parecían

billones de átomos que irradiaban a la velocidad de la luz mientras seis monstruosas alas seráficas surgían de sus hombros y se irguió, imperial, hasta los tres metros de estatura. Era Lucifer, el serafín, el arcángel caído.

Miguel observó a su hermano mayor, todavía espléndido.

Las facciones de Lucifer, talladas en alabastro, resultaban casi irreconocibles a causa de las cicatrices sufridas en la caída al tórrido infierno tras su expulsión del Primer Cielo. Sin embargo, aquella noche, bañado por la suave luz de la luna de Washington D.C., su belleza hechicera de hacía eones era extrañamente visible en la frente ancha y mármorea, los pómulos altos imperiales y la nariz patricia. Se había soltado las trenzas del pelo, de un brillante negro azabache. Desprovista de las cintas de oro que las sujetaban, la melena le llegaba ya hasta la cintura.

Lucifer sostuvo la mirada de Miguel con arrogancia. De repente, apartó de su rostro los largos cabellos de ala de cuervo, se volvió y levantó la vista hacia el decimosexto presidente de Estados Unidos, que contemplaba con aire pensativo la Piscina Reflectante que se extendía al este.

Tras dedicar una teatral reverencia a Lincoln, Lucifer batió las alas y se alzó hacia los cielos del amanecer de Washington. Los diamantes de hielo de su capa blanca de terciopelo destellaban fuego y en las comisuras de sus labios llenos y apasionados se dibujaba una sonrisa perversa.

—«Tengo un sueño... —exclamó y su voz cultivada resonó en el Templo Dórico—. Sueño con que un día todos los valles serán cumbres y todas las montañas y colinas serán llanos... —continuó mientras observaba a Miguel con el rabillo del ojo— ... con que los sitios más escarpados serán nivelados y los torcidos serán enderezados.»

Avanzó hasta el borde mismo del monumento y contempló la Piscina Reflectante mientras las repentinas rachas de viento del Atlántico agitaban las vestiduras de seda añil que llevaba debajo de la capa.

—«¡Que repique la libertad desde la Montaña de Piedra de Georgia!

»¡Que repique la libertad desde las Rocosas cubiertas de nieve en Colorado!

»¡Que repique la libertad desde cada pequeña colina y montaña de Misisipí! En cada ladera y cada cuesta, que repique la libertad.»

Esbozó de nuevo aquella sonrisa suya desquiciada, se volvió con un gesto ceremonioso y se dirigió hacia Gabriel.

—«Y cuando esto suceda, hermano... —Lucifer agarró por los hombros a Gabriel con las dos manos y habló con voz suave, pero cargada de intensa emoción—, cuando repique la libertad y la dejemos repicar en cada aldea y en cada caserío, en cada estado y en cada ciudad...»

De pronto, soltó a Gabriel bruscamente, cerró los ojos, alzó su rostro imperial al cielo y añadió, con la misma emoción:

—«Podremos acelerar la llegada del día en que todos los hijos de Dios, negros y blancos, judíos y gentiles, protestantes y católicos, puedan unir sus manos y cantar las palabras del viejo espiritual negro: “¡Libres al fin! ¡Libres al fin!”»

Guardó silencio un minuto, inmóvil, y luego se volvió a Miguel con una mueca burlona e irreverente en el rostro.

—«Gracias a Dios omnipotente, ¡somos libres al fin!»

A continuación, con una reverencia ceremoniosa, Lucifer concluyó:

—A Martin Luther King, a cuya sombra simbólica me cobijo.

—Una espina que tienes clavada, me parece —dijo Gabriel con una mirada torva.

—Una púa, Gabriel, es cierto. Pero me deshice de ese agitador demagogo. En cuanto a Lincoln —continuó, dedicando una reverencia a la estatua—, su papel moneda se convirtió en un verdadero impedimento para crear un banco central. Se hizo fundamental quitarlo de en medio.

—Como hiciste con John F. Kennedy y tantísimos más. —Gabriel entrecerró los ojos.

—Recompenso a la elite con poder y ellos me sirven sin vacilar. La Estirpe de los Hombres vende su alma indiscriminadamente. —Lucifer se encogió de hombros—. Poder, riquezas, re-

servas, valores... —Titubeó un instante y, lanzando una sonrisa depravada a Miguel, añadió—:... sexo.

—Eres despreciable.

Lucifer avanzó hacia él.

—Ah, Miguel, mi mojigato hermano...

—No todos sucumben —replicó Gabriel, dirigiendo una nueva mirada a Lincoln.

Lucifer sonrió con un fuego perverso en los ojos.

—Noventa y nueve sucumben. Al centésimo lo exterminamos.

—Te engañas a ti mismo, hermano. —Miguel lo miró con frialdad—. Tu reino concluyó en el Gólgota. El Nazareno te dio allí un golpe de muerte.

—Pero hoy nadie aprecia lo que sucedió allí, Miguel —replicó Lucifer con aire condescendiente—. Durante los últimos dos mil años, me he ocupado a conciencia de que el sacrificio del Gólgota se convirtiera en un simple mito para débiles y confusos. Para niños de parvulario. Salvo que, gracias a mis fervientes discípulos, ni siquiera los niños de parvulario rezan ya al Nazareno.

Soltó una risotada de desprecio y dirigió la mirada, más allá del agua y del monumento a Washington, al edificio del Capitolio que se alzaba al fondo.

—Su influencia se desvanece —murmuró—. Borraré Su nombre y Su rostro del recuerdo de la Estirpe de los Hombres para siempre. Como he hecho ya con Europa, pondré de rodillas a América.

Miguel alzó una misiva con el sello real de la casa de Jehová.

—Jehová ofrece misericordia.

Lucifer contempló con desprecio la misiva que sostenía su hermano y clavó la vista en su clara mirada esmeralda.

—¿Misericordia? —repitió y torció el gesto, sin saber qué decir, por una vez.

—Si tú y los caídos abandonáis vuestros planes de aniquilar la Estirpe de los Hombres. —Miguel apartó la mirada.

—Su compasión inagotable es infinitamente más de lo que mereces, Lucifer —intervino Gabriel con voz severa.

—Bla, bla, bla. —Lucifer recuperó el aplomo al momento y en sus labios apareció una sonrisa despreciativa—. Ya veo que hoy me acompañan los monaguillos.

Le arrancó la carta de las manos a Miguel y rasgó el sello de lacre. La leyó por encima y luego se volvió, buscando con la vista el rostro de Gabriel. Éste le sostuvo la mirada, asintió e inclinó la cabeza.

Lucifer anduvo de nuevo hasta el borde de la escalinata y dirigió la vista al cielo de la ciudad, más allá de la Piscina Reflectante y del monumento a Washington, cuya luz roja en lo alto destellaba bajo la claridad del amanecer.

Permaneció allí largo rato, de espaldas a sus hermanos, con la mano cerrada con fuerza en torno a la misiva. Finalmente, habló.

—Ofrece misericordia... —dijo en un susurro—, pero Él sabe mejor que nadie que hace mucho tiempo que no hay redención para mí. Está tentándome. —Sus ojos escrutaron el cielo—. Decidle a mi padre que la nuestra es una guerra a muerte. Combatiré. En cualquier lugar. En cualquier oportunidad. Nunca me rendiré.

Miguel se lo quedó mirando largo rato. Sus fieros ojos verdes taladraron la espalda de Lucifer.

—Entonces, es la guerra, hermano —dijo.

Lucifer guardó silencio. Por último, se volvió.

—¡Y hubo guerra en el cielo! —exclamó. Volvió sus facciones imperiales cubiertas de cicatrices hacia el firmamento con gesto extático y continuó—: «Miguel y sus ángeles combatieron al dragón; y el dragón combatió contra él y sus ángeles.» Es la versión del rey Jacobo. —Abrió un ojo y añadió—: La frase tiene bastante estilo, ¿no te parece?

Miró a Miguel con una media sonrisa en los labios. Miguel le sostuvo la mirada, furioso.

—Y no prevaleció —replicó, apretando los dientes.

—Una guerra entre dos hermanos. Una cosa así... —Lucifer se acercó más a Miguel y susurró—: Una cosa así no debería producirse nunca. —Sujetó a su hermano por el hombro y acercó los labios a su oído—. A nosotros, hermanos, príncipes celes-

tiales... A nosotros, menos que a nadie, no debería exigírsenos nunca que elijamos. —El rostro de Lucifer se contrajo en una máscara de desdén. Estrujó la misiva entre sus dedos y siseó—: Esa exigencia es malévola. Muestra Su debilidad. Su talón de Aquiles. Es, precisamente, la razón por la que debería desocupar el trono... el trono que me propongo alcanzar, Miguel.

Miguel apartó la mano de Lucifer de su hombro.

—Eso sucederá el día que el infierno se hiele —masculló.

Lucifer hizo una burlona reverencia en consideración a su hermano.

—Dile a Jehová... —murmuró y el viento llevó su voz hasta Miguel—... que todavía puede rendirse a mí, si quiere. —Se frotó la barbilla y continuó—: Quizás incluso le ofrezca misericordia.

Entonces, se volvió bruscamente a Gabriel y añadió con un siseo:

—¡Pero al Nazareno, no!

Ladeó la cabeza un instante y miró a sus hermanos resueltamente.

—No, no habrá rendición —respondió, con inopinada frialdad—. Mi plan para aniquilar la Estirpe de los Hombres está mucho más avanzado de lo que Jehová se atreve a reconocer. En este mismo instante, mi hijo se alza entre las filas de los libertinos y caprichosos pasillos del poder político. —Se envolvió en sus ropajes de terciopelo y añadió—: Ya me informaréis de cuándo será nuestra guerra.

—Recibirás una misiva de la Corte Celestial —respondió Miguel con la misma frialdad.

—En medio de la Tribulación... —La voz de Gabriel sonó apagada—. Cuando el Hijo de la Perdición rompa su pacto con Israel, la guerra entre Miguel y el dragón estará cerca. —Taladró a Lucifer con la mirada y añadió—: Perderás, Lucifer, como perdiste en el Gólgota.

Con los ojos entrecerrados, Lucifer observó las facciones perfectas de su hermano.

—Eso, mi pueril hermano menor, está por ver... —Se envolvió en la capa y se volvió—. Decidle a Nuestro Padre que, si

perdo, instauraré un reino en su territorio. Una sede de poder en medio de ellos. Babilonia. Aunque Washington —añadió, encogiéndose de hombros— posee cierto atractivo inmaduro... En cualquier caso, Miguel, crearé el caos entre la Estirpe de los Hombres.

Miguel observó a Lucifer mientras éste avanzaba hasta el borde mismo del monumento.

—Antes de que se abra el Primer Sello —anunció sin alzar la voz—, serás convocado mediante una Misiva Real a presenciar la lectura de la Doctrina de la Ley Eterna en relación con los Siete Sellos de la Revelación.

—Espero Su llamada —respondió Lucifer. Un fuego oscuro y malévolamente brillaba en sus ojos. Seis monstruosas alas seráficas negras se alzaron en su espalda y, ante la mirada de sus hermanos, se esfumó a la velocidad de la luz en la claridad del cielo sobre la capital.

Saqueadores del Arca

Monte del Templo *Jerusalén*

El entorno del Monte del Templo bullía de actividad. Filas de relucientes vehículos con las siglas de la ONU en azul —todo terrenos, camiones y helicópteros— rodeaban el perímetro del monte. Se había procedido a evacuar una zona de un kilómetro y medio alrededor de éste y se había dividido el terreno en secciones mediante vallas altas de alambre de espino, y unas fuerzas armadas especiales con los conocidos cascos azules de la ONU vigilaban el perímetro con sus perros pastores alemanes. Dentro del área ocupada, funcionarios de alto rango israelíes, palestinos y de la ONU hablaban sucintamente. Más cerca de la excavación existía una segunda zona acordonada.

La reliquia sagrada estaba al descubierto bajo un toldo, sobre un estrado levantado en el centro de esa segunda zona. Ahora era plenamente visible.

Era un cofre adornado, de unos cinco palmos de largo y tres de alto, de madera chapada en oro. Un canto de oro decorado recorría toda la tapa y en las cuatro esquinas había unos aros por los que se podían pasar unas pértigas para transportarlo. En la tapa había dos figurillas de ángeles —querubines de oro batido— colocadas de frente, con las alas extendidas hacia el otro.

Ocho arqueólogos tomaban meticulosas medidas y las comparaban con unos diagramas.

El padre Alessandro, un sacerdote y científico de pelo canoso llegado del Vaticano, observó el enorme sello de oro que cerraba el cofre.

—El sello de Daniel —susurró y movió la cabeza de un lado a otro con asombro y admiración.

Klaus von Hausen observó atentamente al sacerdote desde el otro lado del cofre y dio un paso hacia él.

—¿Qué dice, padre? —dijo, frunciendo el ceño.

—El sello de Daniel —repitió el padre y buscó la mirada clara de Klaus—. Fíjese, mire con atención.

Klaus examinó con fascinación el grabado de los cuatro jinetes y volvió a mirar al padre Alessandro.

—Los Cuatro Jinetes del Apocalipsis —dijo y movió la cabeza en gesto de negativa—. Imposible.

El padre Alessandro asintió vigorosamente.

—Es el sello terrenal, la réplica de los Sellos de la Revelación. ¿Lo conoce usted?

—Sí, el Apocalipsis de san Juan —asintió Klaus—. Antes de estudiar arte antiguo, pasé por la facultad de Teología de Bethel, en Alemania.

—Ah —el padre Alessandro enarcó las cejas—. Entonces, comprende usted que, según los escritos del profeta Daniel el templo de Salomón debe ser reconstruido en el Final de los Tiempos. «El Hijo de la Perdición confirmará un pacto con muchos por una “semana”. En mitad de esa “semana”, pondrá fin a los sacrificios y ofrendas...»

Klaus volvió la mirada al cofre y terminó la frase del sacerdote en voz baja:

—«Y en un ala del templo establecerá una abominación que causa desolación, hasta que el final que está decretado sea derramado sobre él...»

El padre Alessandro le dirigió una sonrisa de aprobación.

—Una antigua leyenda dice que, cuando el Primer Sello de la Revelación, el Primer Sello del Rollo de los Siete Sellos, esté a punto de romperse, se producirá el redescubrimiento del

Arca de la Alianza. Éste será el anuncio del Final de los Tiempos.

—Es una simple leyenda, padre —dijo Klaus con una sonrisa, pero se detuvo en seco, interrumpido por el rugido de unos helicópteros artillados en el aire trémulo del horizonte de Jerusalén. El padre Alessandro dejó sus instrumentos y se acercó más, protegiéndose los ojos del sol mientras seis enormes helicópteros Sikorsky CH-53E negro brillante se cernían sobre la zona acordonada del monte, levantando una tormenta de polvo.

Las fuerzas de seguridad de la ONU contemplaron perplejas la llegada de las aeronaves y luego, en desorden, apuntaron sus armas hacia ellas. Seis cohetes salieron disparados hacia los soldados en rápida sucesión y alcanzaron con un silbido sus objetivos, destruyéndolo todo en la zona de detonación.

Sólo el cofre y el pequeño grupo de arqueólogos que lo rodeaban salieron indemnes. Petrificados, los arqueólogos contemplaron los restos metálicos despedazados en torno al Templo.

—Están aquí... —susurró el padre Alessandro, observando los cuerpos incinerados de los soldados que yacían en el perímetro exterior.

—¿Quiénes...? ¿Quiénes están aquí? —musitó Klaus y alzó la mirada a la enorme aeronave negra que se sostenía en el aire directamente encima del Arca.

Una sección de comandos mercenarios de fuerzas especiales descendió al suelo deslizándose por unas cuerdas.

—Quédese cerca de mí —dijo el padre Alessandro a Klaus.

Los demás arqueólogos se encogieron de temor. Todos, menos el sacerdote del Vaticano, quien observó con atención cómo los mercenarios ejecutaban una operación perfectamente ensayada para apoderarse del Arca de la Alianza.

Entre la nube de polvo apareció Kester von Slagel, que hizo un gesto de asentimiento al jefe del comando, Guber, quien dio la espalda al cofre y levantó su subfusil con gesto indiferente.

Guber esbozó una ligera sonrisa y Klaus presenció horrorizado cómo ejecutaba a tiros al grupo de arqueólogos, uno a uno, como si de una ejecución se tratara. Hasta que llegó al sacer-

dote, que hacía de escudo humano voluntario de Klaus von Hausen.

—Un hombre de iglesia... —masculló Guber con una sonrisa maliciosa y, desplazándose al costado del sacerdote, le apuntó con su arma directamente a la sien. El padre Alessandro apartó de un empujón a Von Hausen mientras Guber apretaba el gatillo a bocajarro. Las balas atravesaron al sacerdote, que permaneció plantado delante de él, incólume. Petrificado y presa de un temblor incontrolable, Klaus contempló al sacerdote.

Guber se volvió hacia Von Slagel, confundido. Von Slagel avanzó hasta él y puso la mano en el cañón de su arma.

—Parece que tenemos un visitante que no estaba invitado —dijo. Dio un paso hacia el anciano sacerdote y le dirigió una mirada de odio indisimulado.

El sacerdote le sostuvo la mirada sin temor e hizo un gesto a Von Hausen.

—Déjalo vivir —dijo con voz calmada, hablando en una antigua forma de siríaco—. Ya ha habido suficiente carnicería por hoy.

—Lamentablemente, no va a ser posible —replicó Von Slagel en la misma lengua. Hizo una pausa, observando al sacerdote, y añadió mordazmente—: Tú, padre Alessandro, sabes mejor que nadie que yo siempre obedezco las órdenes de mi Amo.

Sacó una pequeña pistola, apuntó directamente a la cabeza a Klaus von Hausen y tiró del gatillo a quemarropa. Von Hausen cayó al suelo, sin vida.

El sacerdote miró a Von Slagel con desprecio, echando fuego por los ojos. Luego, se arrodilló junto al cuerpo de Von Hausen, le cerró los párpados y, quitándose la cruz que llevaba al cuello, la depositó sobre el pecho del difunto.

—Siete años hasta que seas arrojado al Lago de Fuego —dijo, sin alzar la voz, al tiempo que se incorporaba—. Tu reinado no durará mucho, Charsoc el Oscuro —añadió tras una breve pausa.

Durante un fugaz segundo, en el rostro de Kester von Slagel se dibujó una sonrisa.

—Pero más que el tuyo, me parece... Isacar el Estúpido —replicó en siríaco.

Cruzaron una áspera y prolongada mirada.

—¿Y dónde está tu Gran Maestro, Jether? —escupió finalmente Von Slagel—. He notado su presencia —siseó—. Sé que está aquí, oculto en alguna parte de este pequeño orbe fangoso. Cuando el Primer Sello sea roto, lo encontraré.

El sacerdote cerró los ojos, haciendo caso omiso de la pregunta.

—Siete años hasta el advenimiento del reino de Cristo —muscitó.

—Jerusalén es nuestra —replicó Von Slagel con el rostro contraído de rabia—. Nosotros, los Caídos, somos los reyes de la tierra. El Nazareno no reinará jamás.

Kester von Slagel se metamorfoseó y se irguió hasta los casi tres metros de estatura, con la cabellera negra y suelta casi rozando el suelo, al tiempo que alzaba la reluciente hoja curva de su espada de nigromante por encima de la cabeza de Isacar.

—Te has revelado antes de que se rompa el Primer Sello, Isacar. Qué descuidado eres. Acabas de perder el derecho a caminar como el Angélico entre la Estirpe de los Hombres. —Los ojos de Charsoc despidieron por un instante un malévolo fulgor amarillo—. En el nombre de su hijo... —añadió.

Y entonces, de un tajo, decapitó a Isacar. La cabeza rodó por el suelo y el cuerpo la siguió, desplomándose en la tierra, donde desapareció.

—El Cuervo está aquí. —Von Slagel se volvió hacia un ligero resplandor azulado que se divisaba en el horizonte mientras cuatro máquinas voladoras en forma de bóveda se cernían sobre Jerusalén y luego, de la misma forma en que habían aparecido, se esfumaban de repente. Una máquina grabó a fuego un extraño sello negro en forma de ave fénix en el costado del cofre.

Debajo, se leía: «Propiedad del Nuevo Orden Mundial.»

Monasterio de los Arcángeles

19 de diciembre de 2021

Monasterio de los Arcángeles

Egipto

El jeep descapotable de Nick De Vere corría por la arena del extenso desierto occidental, levantando una enorme polvareda en su estela.

A cinco kilómetros de distancia, Nick ya divisó los antiguos muros de la fortaleza del monasterio, excavados en la roca. Puso una marcha más corta y aceleró para cubrir el último tramo de su viaje.

Al cabo de cinco minutos, detuvo el vehículo delante de la imponente torre occidental del monasterio de los Arcángeles. Nick, muy delgado y debilitado, hizo sonar el claxon, se apeó y anduvo hacia la puerta.

Los dos porteros beduinos se pusieron en pie y, con sus largas túnicas hinchadas al viento, empezaron a bajar el artilugio que hacía de montacargas moviendo unas poleas.

Sonaron unos fuertes chirridos y crujidos de madera y el enorme artilugio descendió desde el muro del monasterio.

Nick montó en la oscilante plataforma.

El profesor Lawrence St Cartier roncaba sonoramente en una tumbona de teca importada, en los frondosos jardines del monasterio. Vestía unos pantalones de safari hasta la rodilla que revelaban unas piernas delgadas, blancas como la nieve. Calzaba las sandalias propias de los británicos y calcetines hasta las rodillas. Al oír el claxon, apartó de su rostro el sombrero panamá y se incorporó de mala gana sobre un brazo. Enseguida, frunció el ceño y, con un gran matamoscas de tela metálica, ahuyentó con gesto irascible las moscas que zumbaban sobre su cabeza.

De mala gana, se levantó del diván y anduvo hasta el extremo del jardín, resguardándose los ojos del sol invernal con la mano mientras miraba hacia la puerta.

Cuando Nick se apeó del montacargas y dio unos pasos por el jardín, el profesor Lawrence St Cartier lo reconoció y esbozó una amplia sonrisa. Se fundió en un abrazo con él y luego, con el sombrero torcido en la cabeza, se separó un poco para observarlo.

Nick era una sombra de lo que había sido. El guapo playboy londinense, cuyo rostro había aparecido en toda la prensa rosa británica durante años, estaba realmente cambiado.

Tenía las mejillas chupadas y sus inteligentes ojos gris claro se veían hundidos. Su abundante cabello rubio había perdido espesura. Cuando apreció cómo se le marcaban las costillas debajo de la camiseta, Lawrence contuvo una exclamación.

—Lawrence. —Nick no había perdido su incontenible sonrisa juvenil.

Lawrence notó que la zona blanca de la lengua de Nick estaba un poco hinchada y luego, consternado, vio las manchas rojo púrpura que se extendían por su cuerpo. El sarcoma de Kaposi ya había hecho acto de presencia. Lawrence agachó la cabeza. A Nicholas De Vere sólo le quedaban unas semanas de vida.

—¡Nicholas! ¡Muchacho querido! Te veo más enfermo de lo que me habían contado.

—¿Quiénes? ¿Te refieres a mi madre y a Julia? —preguntó Nick tras un suspiro.

El profesor asintió. Conocía a Nicholas De Vere desde su nacimiento. Era hijo menor de la dinastía De Vere, de carácter

alegre y despreocupado. Lilian le había descrito con todo detalle el deterioro de su queridísimo hijo pequeño, pero Lawrence, pese a su pragmatismo, no se esperaba aquello.

—Lo siento, muchacho —dijo St Cartier, incómodo—. Tu madre está sumamente preocupada y Julia me ha llamado desde Roma.

—No, tío Lawrence —dijo Nick, quitándole importancia a la cuestión con un gesto de la mano—. La compasión no ha sido nunca tu punto fuerte. Los antirretrovirales han dejado de funcionar —dijo con toda naturalidad—. Estoy agonizando.

El anciano asintió y luego frunció los labios.

—Para las personas como yo, la muerte es una vieja amiga —miró con intensidad aquellos ojos gris claro, frunció el entrecejo y añadió en un murmullo—, pero para ti es una enemiga, Nicholas De Vere.

—Déjalo, Lawrence —dijo Nick, poniendo los ojos en blanco—. Hemos pasado por esto desde que yo tenía doce años.

Con expresión ausente, el profesor ahuyentó cuatro moscas que querían posársele en la nariz.

—Su terca insistencia en refutar la existencia de un Poder Superior no niega en modo alguno Su existencia, Nicholas. —Los ojos azules y vidriosos de Lawrence brillaron de ira—. Tus repudios ignorantes son como los desvaríos infinitesimales de...

—... un insecto en un parabrisas —dijo Nick con una sonrisa.

Lawrence lo miró enfurecido, pero luego su expresión se ablandó. Nick sonrió de nuevo. Lawrence St Cartier, agente de la CIA y experto en antigüedades. Pero, en el fondo de su corazón y por encima de todo, el mismo sacerdote jesuita de siempre.

—Dijiste que era muy importante que nos reuniéramos aquí, Lawrence. ¿Qué exótica antigüedad descubriste en Bali?

—¡Ah! —Lawrence llamó con gestos a un monje que acababa de asomar del bosquecillo de cipreses—. Sabía que podía contar con tu incurable obsesión por el mercado de las antigüedades exóticas. Te lo contaré durante la cena. Una siesta y un paseo bajo el sol te sentarán de maravilla. Hermano Francis, acompaña al señor De Vere a su habitación. Es la número nueve, si no me equivoco.

El viejo monje agachó la cabeza en señal de respeto y le indicó a Nick que lo siguiera por el bosquecillo de cipreses.

Con el corazón en un puño, Lawrence St Cartier contempló al menor de los De Vere caminar con dificultad y renqueante por el cuidadísimo césped del monasterio, apoyado en un antiguo bastón con la empuñadura de plata, una antigüedad que le había regalado Klaus von Hausen.

Lawrence exhaló un hondo suspiro, se acercó a la pequeña capilla copta al aire libre que se alzaba a unos metros de distancia y, arrodillándose ante el exquisito crucifijo de piedra labrada, inclinó la cabeza y elevó una plegaria por el alma de Nicholas De Vere.

Lily y Alex

*Manhattan,
Nueva York*

Los teléfonos de los despachos privados de Jason De Vere en su sede de Manhattan sonaban sin cesar y eran atendidos por tres eficientes secretarías ejecutivas.

Jontil Purvis respondió a la séptima llamada consecutiva por la línea privada de Jason. La mujer no se alteró ni perdió la calma y puso la llamada en espera.

—Señor De Vere...

En el monitor que tenía delante, la mujer vio a Jason cruzar la pista de aterrizaje de su ático camino de su helicóptero privado mientras se colocaba el auricular en la oreja.

—He dicho que pongas todas las llamadas en espera —dijo Jason a gritos para hacerse oír por encima del ruido del motor y de las aspas del helicóptero.

—Pero ésta le interesará, señor —ronroneó Jontil Purvis con su imperturbable acento sureño—. Es Lily.

Jason montó en el helicóptero y se acomodó en el elegante asiento de cuero.

—Pásamela —gritó.

Jason miró la espectacular morena de dieciséis años que apareció en el monitor del sistema de comunicaciones del helicóptero.

—¡Lily! —exclamó.

Julia St Cartier, que vestía unos descoloridos vaqueros Levi's y una camiseta de algodón blanca, observó con aire divertido a Lily mientras la muchacha negociaba con su padre, que gritaba por teléfono a diez mil kilómetros de distancia sobre el Atlántico.

Se hallaba junto a los enormes ventanales de su casa de estilo georgiano, que daba al animado paseo de Brighton, en el sur de Inglaterra. Todavía era invierno y las temperaturas estaban casi bajo cero pero, como era habitual en los británicos, había gente por todas partes, comprando, trabajando, comiendo.

Julia esbozó una sonrisa.

Era curioso que a los estadounidenses se los calificase de ruidosos. Después de haber vivido en la Costa Este la mitad de su vida, creía que era todo lo contrario. Las tiendas y centros comerciales de Estados Unidos eran muy refinados en cuanto al nivel de ruido. Cuando, a su regreso, había entrado en la tienda de comestibles de su barrio, le había sorprendido y divertido el volumen de sonido con el que discurría la vida de los británicos.

Los estadounidenses también vestían de manera más conservadora, excepto en grandes ciudades como Nueva York o Los Ángeles, pero en Gran Bretaña uno encontraba Nueva York en las calles de todas las poblaciones. Era la idiosincrasia británica.

Interrumpió sus pensamientos y se volvió hacia la sala. Lily seguía al teléfono, discutiendo con su padre.

—No, papá, ¡lo supiste hace meses! —Lily torció el gesto—. Alex, Polly y yo vamos a pasar el verano en la casa de Georgetown. Llevamos planeándolo desde septiembre. No estaremos solos, papá. Mamá llegará la segunda semana. ¡Deja de tratarme como si fuera una niña de nueve años! —Lily puso los ojos en blanco con impaciencia.

Julia observó a su hija de dieciséis años con sorpresa y no poca admiración. Los largos y relucientes cabellos de Lily enmarcaban los rasgos fuertes y los pómulos prominentes de los De Vere. Sus ojos de color verde intenso centelleaban. Eran lo único que había sacado de los St Cartier, de la difunta Lola, la querida madre de Julia.

Todo lo demás era un calco de Jason De Vere, desde la frente a la pequeña hendidura que tenía Lily en la barbilla. No tenía

que lamentarlo. Con dieciséis años, Lily era una réplica de Jason De Vere, tanto físicamente como en temperamento. Y Julia la adoraba.

Habían pasado casi nueve años desde el accidente que había dejado impedida a la muchacha.

Julia suspiró. Recordaba incluso la fecha. Celebraban una de las grandes fiestas de la familia De Vere. Lily, que sólo contaba siete años, estaba exhausta y Nick se ofreció a llevarla a casa en coche. Se habían encontrado de frente con un gran camión que había aparecido de la nada. Aunque sufrió una conmoción cerebral, Nick sólo tenía golpes y cortes; Lily, en cambio, quedó parálitica de cintura para abajo. Inválida y confinada a una silla de ruedas para siempre. Nick había tomado dos cervezas, por debajo del límite de alcohol permitido. Julia no había necesitado nunca que la convencieran de que Nick no había podido hacer nada por impedirlo, pero Jason... Jason era harina de otro costal. Desde aquel día, Jason no había vuelto a cruzar palabra con su hermano pequeño. Y la vivaz y alegre niña de siete años, cuyo mundo giraba en torno al ballet, había pasado seis meses en el hospital y otros seis haciendo recuperación. Los especialistas habían llegado a una conclusión unánime: Lily no podría moverse de la cama nunca más. Pero la chica, siendo como era una De Vere, les demostró que se equivocaban.

Al cabo de menos de dos años, iba en silla de ruedas y se matriculó en el internado femenino Roedean, en Brighton, Inglaterra.

Al cabo de tres meses, Lily De Vere se había convertido en el alma de la escuela y Jason y Julia compraron la casa de Brighton para que Julia pudiese estar cerca de Lily siempre que le apeteciera.

Lily era una auténtica superviviente. Estaba forjada a imagen y semejanza de su padre. Era valiente y tenaz y a veces carecía de tacto. Había heredado la rudeza de su padre, su falta de dulzura.

Julia sabía que su naturaleza más tierna y artística temperaba a Lily. Eran las mejores amigas y se sentían todo lo unidas que pueden sentirse madre e hija.

Lo único que casi había destrozado a Lily había sido el divorcio de sus padres.

Al recordarlo, Julia se mordió el labio inferior. Después de la separación, había oído a Lily llorar por las noches en la cama durante un mes.

—Pregúntale cómo está *Lulú* —dijo Julia, sólo moviendo los labios.

Lily puso los ojos en blanco.

—Papá, mamá quiere saber cómo está *Lulú*.

Cubrió el micrófono del teléfono con la mano y transmitió la respuesta a su madre:

—Dice que la perra es suya. Que va a quedarse la ridgeback. Se niega a negociar.

Ahora le tocó el turno a Julia de poner los ojos en blanco.

—Dice que *Lulú* está bien. Duerme en su cama cada noche.

—Por algo se empieza —replicó Julia, arqueando las cejas, al tiempo que Lily colgaba el teléfono, indignada.

Manióbró con la silla de ruedas hasta los ventanales, frunciendo el entrecejo ante el crepúsculo que caía sobre el borrascoso canal de la Mancha.

Julia disimuló una sonrisa y se acercó a ella.

—Ya se tranquilizará, cariño —puso una mano en el hombro de Lily—. Siempre lo hace.

Lily se volvió a su madre con la mirada encendida. Sus ojos felinos centelleaban de indignación.

—Espera que renuncie a mis planes de la noche a la mañana y que pase el verano en Nueva York, aun sabiendo que Polly y yo vamos a Georgetown con Alex. —Miró a su madre con expresión implorante—. Hace siglos que lo estamos planeando, mamá. Polly cumplirá diecisiete. Sus padres están en Tanzania. Alex depende de que yo esté con ella. Sin mí, Polly no irá.

Sonó el timbre de la puerta.

—Hablando del rey de Roma...

Alex Lane-Fox, alto y delgado, entró en la amplia sala pintada de blanco, agachando la cabeza al pasar por debajo de los candelabros de oro y cristal que Julia había traído de uno de sus muchos viajes a Suecia en busca de antigüedades.

El joven medía metro noventa. Era moreno y guapo como su madre, la supermodelo Rachel Lane-Fox, que había sido muy hermosa. En su cabello oscuro destacaban unas mechas rubias y vestía unos gastados Levi's y una chaqueta ancha y larga. Llevaba en la mano un ordenador portátil Apple.

—Hola, tía Jules. —Besó con cariño a Julia en la mejilla y luego volvió hacia él la silla de ruedas de Lily.

»Hola, Lily. Parece que me han aceptado en el *New York Times* y también en el *Washington Post*.

—Oh, Alex, eso es fantástico. —Lily le agarró la mano—. Siempre has querido volver a Estados Unidos. Mamá, Alex sigue tus pasos.

El chico sonrió.

—No —dijo con vehemencia—. Voy a ser un periodista serio...

Julia lo interrumpió con un gesto de la mano.

—Eh, un respeto, por favor. Te conozco desde que llevabas pañales.

Alex pasó junto a los impolutos sofás blanco y plata de estilo francés y se dirigió a la cocina.

—¿Polly está preparada? —gritó.

—Está duchándose —respondió Lily—. Aparecerá en cualquier momento.

Polly Mitchell era la amiga del alma de Lily. Se habían conocido en el internado Roedean a los nueve años. Mientras que Lily era una alumna con capacidad de liderazgo, Polly había sido su complemento perfecto. Polly tenía siete hermanos y era hija de un reverendo comprometido con la acción social y que había fundado orfanatos en Tanzania y Malawi para niños cuyos padres habían muerto de sida. También luchaba con vehemencia contra el tráfico de seres humanos en la China y en Europa del Este.

Polly había sido aceptada en Roedean con una beca y, al instante, la tranquila, callada y trabajadora hija del reverendo y la alegre y despreocupada hija del magnate se habían hecho inseparables. Julia había sido testigo, asombrada, de la transformación que se había producido en Polly a los quince años. De la noche a la mañana había dejado de ser una niña tímida y solita-

ria, una especie de duende pálido, y se había convertido en una suerte de supermodelo.

Y Alex Lane-Fox, hijo de Rachel Lane-Fox, la mejor amiga de Julia, se había enamorado por completo de ella.

Desde entonces, Polly y él habían sido inseparables.

A raíz de la muerte de su madre, Raquel Lane-Fox, ocurrida en el vuelo 11 de American Airlines el 11-S, Alex se había quedado con Jason y Julia y luego había vivido en Manhattan con su padre, corredor de bolsa, hasta que había aparecido en escena su primera madrastra. Alex se había peleado violentamente con su padre, había hecho las maletas y había sorprendido a todo el mundo yéndose a vivir con sus abuelos, los padres de Rachel, Rebekah y David Weiss, en el noroeste de Irlanda. A la sazón, tenía sólo catorce años.

Sus abuelos lo habían alentado a seguir la carrera de periodismo y a los diecisiete años ya tenía un empleo en un diario de Dublín, el *Irish Independent*. A continuación, había trabajado dos años en el *Guardian*, de Londres. Había enterrado tiempo atrás el hacha de guerra con su padre y había pasado los últimos tres veranos con él y su esposa número tres, pero sus abuelos eran unas almas bondadosas y Alex les era absolutamente leal. Y esa lealtad se extendía a Jason y a Julia.

El chico cogió un refresco del frigorífico.

—Lamento desilusionaros a las dos —resonó su voz en la sala—, pero *Cosmo* no hace periodismo serio.

Alex volvió junto a ellas.

—Bien, ¿y cuál has elegido? —quiso saber Julia frunciendo el entrecejo—. ¿El *New York Times* o el *Washington Post*?

—El *New York Times*, por supuesto. Empiezo el ocho de enero. Será un momento decisivo en mi carrera. Quién sabe, quizás el tío Adrian quiera darme una exclusiva sobre el «Acuerdo Ishtar».

—¡Ni lo sueñes! —Julia le lanzó un llavero y Alex lo cogió hábilmente con una sola mano—. Un regalo de Nick para ti. Son las llaves de su apartamento de Londres.

—¿El de South Bank? —inquirió Alex con una sonrisa.

Julia entornó los ojos.

—Nada de fiestas locas, Alex. Las chicas y tú os quedaréis aquí mientras yo esté en Italia. Nick os recogerá cuando vuelva de Francia y yo me reuniré con todos vosotros en la finca para celebrar la Nochebuena.

—No estoy de humor para fiestas, tía Jules. Ahora en serio, chicas. Hay cosas que van francamente mal, cosas que... —Alex dudó unos instantes—. Cosas que el hombre de la calle ignora —añadió en tono ominoso.

—Oh, Alex, no empecemos —le suplicó Lily.

Julia arqueó las cejas.

—¡No, no, es que no lo entendéis! —abrió el refresco y bebió ruidosamente.

»Se está mintiendo al público. El público está manipulado por una elite global cuyo objetivo es el dominio del mundo. —Miró a Lily y a Julia con gesto sombrío—. La despoblación del mundo.

—Oh, vamos, Alex —lo interrumpió Julia, indicándole que callara con un gesto de la mano—. Hemos hablado de esto millones de veces...

—Con todos mis respetos, tía Jules, no se trata del 11-S. Estoy a punto de descubrir unas revelaciones explosivas. —Dejó el refresco en la mesa de mármol y abrió el portátil—. La gripe aviar como arma bioterrorista producida por unos laboratorios de Maryland. Bases militares subterráneas secretas diseminadas por todo Estados Unidos. Cinco mil millones de dólares de dinero procedente de un cártel de la droga y que la CIA utiliza anualmente como fondos reservados... Y todos los caminos llevan a un gobierno en la sombra —concluyó. Sus ojos ardían de convicción.

—Un gobierno en la sombra... —repitieron Julia y Lily al unísono.

—Tienes que admitir, Alex, que esto es un disparate, incluso viniendo de ti —comentó Lily.

Julia guiñó un ojo a Alex y éste sacudió la cabeza.

—Con todo el respeto, señora, ésta es la táctica del avestruz: meter la cabeza bajo tierra... Sí, un gobierno en la sombra. La elite global. La Reserva Federal. El Banco de Pagos Internacionales...

Hizo volar los dedos sobre el teclado del portátil. «Romperé la CIA en mil pedazos y los esparciré al viento», escribió. Luego, levantó los ojos del teclado.

—¿Quién dijo eso? —preguntó.

Lily se encogió de hombros y Julia movió la cabeza en gesto de negativa.

—El trigésimo quinto presidente de Estados Unidos.

—¿JFK? —Lily frunció el entrecejo.

—Oh, Alex, calla ya —le indicó Julia.

—¿Sabías que fue él quien lo dijo? —Alex miró a Julia con vehemencia.

—No, no lo sabía —respondió ella—, pero no hay ninguna prueba. El hecho de que JFK detestara a la CIA no demuestra que existiera una conspiración. Eso lo sabemos todos. El informe Warren puso fin a todo eso.

—Mentes cerradas. Lo que dices sirve para demostrar mi tesis. Mentes cerradas a todo lo que se aparte de lo que les resulta más cómodo. Un cuarenta por ciento de los miembros de la Comisión Warren eran miembros del elitista Consejo de Relaciones Exteriores. JFK despidió a Allen Dulles, director de la CIA, después del fiasco de Bahía de Cochinos. Pero Dulles fue nombrado miembro de la Comisión Warren después de la muerte de Kennedy. Fíjate en los motivos que había para asesinar a JFK. Mediante los memorándums de Seguridad Nacional números 55, 56 y 57, Kennedy había intentado controlar la CIA reduciendo su capacidad de actuar. —Alex señaló la pantalla del ordenador—. Estos documentos eliminaban rotundamente la capacidad de la CIA para librar una guerra. Los hermanos Angleton y Dulles fueron presa del pánico. Su poder quedaría limitado a las armas de mano. ¿Y a quién iba a beneficiar una dilatada guerra en Vietnam? Los vietnamitas se habían negado a permitir a la elite la creación de un banco central en su país. La elite quería un banco central y acceso a las reservas de petróleo que había frente a las costas vietnamitas.

Alex observó a Julia y a Lily y sacudió la cabeza de frustración.

—¡No lo entendéis! —exclamó—. Vietnam. La guerra fría.

La banca internacional, la elite, la industria militar, los magnates del petróleo: todos ellos son miembros de un gobierno en la sombra que depende por completo de una *Pax Americana* impuesta al mundo mediante las armas bélicas de los americanos. Todos se beneficiaron de su muerte. —Cogió un taburete de la cocina y se sentó—. A los pocos días de la muerte de JFK, Lyndon Johnson firmó un memorándum de la Acción de Seguridad Nacional, dando instrucciones al Pentágono para que mantuviera las tropas en Vietnam. En 1963, Kennedy ya había pedido un desarme completo y general en la guerra fría. Y también está, por supuesto, el controvertido asunto de la orden ejecutiva del 4 de junio de 1963, en la que JFK ordenaba al Tesoro la emisión de certificados de plata del Tesoro.

Alex hizo una pausa y se encogió de hombros.

—Bien —prosiguió—. La desinformación que rodea a este hecho es de dominio público, pero parece que existen pruebas de que la elite convocó una reunión de alto nivel porque Kennedy había desbaratado los planes de los maestros secretos de Londres y de Washington. Mirad esto. —Sus dedos volaron sobre las teclas del ordenador—. Un billete de cinco dólares americanos de 1960. Un sello verde. Mirad lo que dice arriba.

Lily acercó la silla de ruedas.

—Pone Billete de la Reserva Federal —dijo la chica.

—Bien, ahora fijémonos en el billete de cinco dólares de 1963. Mirad el sello rojo. El año en que Kennedy fue asesinado.

—Dice Billete de los Estados Unidos de América.

Julia observó la pantalla, perpleja.

—¿Estás seguro? No puede ser. Siempre dice Reserva Federal. —Fijó los ojos en la pantalla del ordenador.

—Ahí está, tía Jules. Documentado en blanco y negro. Un billete auténtico del año de la muerte de Kennedy. Un billete de los Estados Unidos de América. Ahora, mira este billete de 1964. El año después de que JFK fuera asesinado.

Julia frunció el entrecejo.

—Billete de la Reserva Federal —masculló.

—Exacto. Vuelve a ser de la Reserva Federal. La emisión de billetes por parte de Estados Unidos terminó en enero de 1971.

Todo el dinero que circula hoy en día ha sido emitido por la Reserva Federal. No existe dinero emitido por el gobierno de Estados Unidos. Los poderes fácticos recuperaron el control.

Alex cerró el ordenador.

—Y, dejando de lado la Reserva Federal —prosiguió—, JFK firmó con Moscú el Tratado de Prohibición de Pruebas Nucleares. Iba a detener la guerra del Vietnam y reducir drásticamente la influencia de la CIA.

Cuando vio entrar a Polly Mitchell en la sala, se interrumpió. La chica se había alisado el pelo rubio claro y llevaba su rostro exquisito perfectamente maquillado. Alex se acercó a ella y la besó en los labios.

—Kennedy estaba desmontando la base de poder de la Agencia pieza a pieza —continuó Alex, volviéndose a Julia—. Kennedy desafió a los líderes secretos y éstos le dieron una lección ejemplar. Lo mandaron ejecutar a plena luz del día ante los ojos de millones de personas —concluyó Alex en tono prosaico—. El gobierno en la sombra logró sus objetivos. Fíjate en el rescate a los bancos del año 2008. Es un ejemplo destacado. Los líderes en la sombra mueven los hilos. El Congreso, el Senado, todo el mundo está tan aterrorizado que no se atreve a contradecirlos. Han aprendido bien la lección y saben cuál es el coste de la desobediencia.

—Ya basta, Alex —dijo Polly.

—Pero no lo entiendo —replicó Julia—. ¿Qué tiene que ver el asesinato de JFK con todo lo demás?

Alex la miró con aire sombrío.

—Si el gobierno ha mentido y ha encubierto el asesinato de Kennedy, tía Jules, y eso es lo que ha hecho, ¿sobre qué otras cosas no habrá mentido? —dijo y miró fijamente a Julia—. ¿Y quién manda realmente en el gobierno?

—Papá se pondría furioso si te oyera —intervino Lily.

—El tío Jas. —Alex puso los ojos en blanco—. ¡El gran patriota americano!

—¡Alex! —lo regañó Polly, a modo de aviso.

—Si no me equivoco —intervino Julia con aspereza—, fue ese gran patriota americano quien te consiguió un empleo en el

New York Times. Y quien te cambiaba los pañales cuando tenías cuatro meses. Si sigues así, serás el azote de Manhattan. —Hizo una pausa, lo miró fijamente y suspiró—: Te pareces tanto a tu madre, Alex Lane-Fox.

—Soy atractivo, lo sé. Me lo dicen mucho.

—Yo pensaba en la terquedad. —Julia le puso la mano en el hombro y se interrumpió a media frase. Lo que veía la dejó paralizada.

Lily contemplaba a Alex con embeleso. Los dos habían crecido prácticamente juntos. Las vacaciones. Las celebraciones familiares. Eran como hermanos.

Julia respiró hondo. Durante todos aquellos años, no lo había notado. Su hija, de fuerte voluntad y espíritu independiente, confinada a una silla de ruedas, estaba absolutamente embobada con Alex Lane-Fox.

Con su instinto de madre, Julia supo que no había nada que hacer. Alex estaba profundamente enamorado de Polly. Lily sería una inválida toda su vida.

¿Cómo no se había dado cuenta antes de lo que sentía su hija?

Aunque no lo hacía a propósito, Alex estaba destrozándole literalmente el corazón.

Julia recobró la compostura.

Iba a tener que poner distancia entre ellos.

El timbre de la puerta sonó de nuevo. En esta ocasión, aparecieron en el vestíbulo ocho jóvenes. Eran las réplicas exactas de Alex, Polly y Lily, y en lo único que se diferenciaban era en el color del cabello.

Alex empujó la silla de ruedas de Lily y cruzaron el umbral.

—Adiós, mamá —dijo Lily, saludándola con la mano. Julia esbozó una débil sonrisa.

—Adiós, señora De Vere. —Polly se detuvo—. Es cosa de la costumbre, supongo. Imagino que ahora ya no debería llamarla así —dudó, avergonzada—. Ahora que el divorcio ya es un hecho...

—Tía Jules...

Julia volvió de repente a la realidad.

Alex siguió empujando la silla de ruedas y cruzó el umbral de la puerta, pero volvió la cabeza.

—Tendrías que empezar a salir de nuevo con hombres, tía Jules. El amigo cirujano de mi padre, ese tan guapo que vive en Londres, Callum Vickers, dice que nunca le devuelves las llamadas. —Le guiñó un ojo—. Cree que deberías hacerlo.

La puerta se cerró.

Julia se acercó a las ventanas y descorrió las gruesas cortinas color crema.

El firmamento estaba ya oscuro. Dudó unos instantes y, al ver la extraña aparición blanca sobre el canal de la Mancha, frunció el entrecejo.

Se preguntó si Jason salía con mujeres. La idea de Jason saliendo con mujeres le resultaba extraña. No era capaz de imaginarlo.

Tuvo que reconocer que, pese a ser un hombre maduro, todavía era muy atractivo. Aquella noche, por sorprendente que le pareciera, lo echaba mucho de menos.

Se acercó a la chimenea y cogió la única foto de Jason y Lily que había en la repisa, y en toda la casa, y volvió a la ventana a contemplar las olas que rompían en la costa de Brighton. Miró la fotografía y estudió los rasgos de Jason. Estaba como siempre. Serio.

Julia pasó suavemente los dedos por su rostro.

Luego, volvió la foto del revés, sacó su Blackberry y buscó el número de Callum Vickers.

Respiró hondo.

Y marcó.